

R104
57

POLITICA Y ESPIRITU

Nº
104

SUMARIO

ADVERTENCIAS DE UN ANIVERSARIO.

POLITICA NACIONAL: Los hechos. — El cobre: dictador de nuestra economía. — Ex-Ministro en la picota: oro, acero y buses. — Se fortalece la Federación Social Cristiana. — El PAL arma su Congreso "funcional".

POLITICA INTERNACIONAL: Conferencia suspendida por tiempo indefinido. — Los demócratas en el horizonte. — Varga profetiza de nuevo. — 20.000 comunistas en América Latina.

A PROPOSITO DE "NUESTROS VECINOS JUSTICIALISTAS", por *Ramón Cortez*.

¿QUE PASA CON LOS SACERDOTES OBREROS?

EL APOSTOLADO DE LOS SACERDOTES OBREROS, por *Georges Hourdin*.

ESTE MUNDO DE HOY: Una economía humana. — Un debate entre fanáticos. — Otra vez la ortodoxia.

LOS LIBROS: "La civilización puesta a prueba" de *Arnold J. Toynbee*.

DOCUMENTOS: Socialismo y liberalismo. Posición del Partido Socialista Popular frente a la situación nacional, discurso del senador don *Eugenio González*.

AÑO
IX

3982

15 de NOVIEMBRE de 1953

EDICIONES DE LA EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.

<p>LA HISTORIA Y LA POLITICA</p> <p>La batalla de Maipú, por el Gral. Fco. Javier Díaz (2ª Ed.) \$ 120</p> <p>Voces de la política, el púlpito y la calle (2ª Ed.), por Ricardo Boizard .. 100</p> <p>Una experiencia social cristiana, por Alejandro Silva Bascuñán 150</p> <p>La Fronda Aristocrática, por Alberto Edwards (4ª Ed.) 250</p> <p>Geografía Electoral de Chile, por Ricardo Cruz-Coke 150</p> <p>Nuestros vecinos justicialistas, por Alejandro Magnet 260</p> <p>CUESTIONES ECONOMICAS Y SOCIALES</p> <p>Seguridad social chilena, por Francisco A. Pinto .. . 150</p> <p>Sindicalismo (Historia, teoría y práctica), por Alberto Hurtado, S. J. \$ 200</p> <p>La Inflación (Naturaleza y problemas), por Aníbal Pinto, Jaime Barrios, Felipe Herrera, Sergio Molina, Max Nolf, Pedro Irañeta, Edo. Frei .. . 200</p> <p>Cuaderno de Comprensión Social y Cuaderno de la Realidad Nacional, por Carlos Vial (2 vols.) 250</p> <p>Hacia Nuestra Independencia Económica, por Aníbal Pinto .. . 200</p> <p>EL PENSAMIENTO ACTUAL</p> <p>La política y el espíritu, por Eduardo Frei (2ª Ed.) .. 150</p> <p>A través del marxismo, por Julio Silva 150</p> <p>Los católicos, la política y el dinero, por Pierre Henri Simon .. . 100</p> <p>Sentido y forma de una política, por Eduardo Frei .. . 150</p>	<p>Introducción a la filosofía social, por Carlos Hamilton .. \$ 250</p> <p>NOVELA — CUENTO — ENSAYO</p> <p>Los Santos van al Infierno, por Gilbert Cesbron (4ª Ed.) 270</p> <p>Papelucho, por Marcela Paz, (2ª Ed.) 140</p> <p>Chile a la Vista, por Eduardo Blanco-Amor (2ª Ed.) 250</p> <p>América Latina Entra en Escena, por Tibor Mende (2ª Ed.) 260</p> <p>COLECCION DE AUTORES CHILENOS</p> <p>I. Ensayos, por José Toribio Medina .. 160</p> <p>II. Bajo la Tienda, por Daniel Riquelme .. . 180</p> <p>III. Román Calvo, el Sherlock Holmes chileno, por Alberto Edwards .. 160</p> <p>IV. Tradiciones serrenenses, por Manuel Concha .. . 180</p> <p>V. Comarca del jaimín y sus mejores cuentos, por Oscar Castro .. . 180</p> <p>C O L E C C I O N EL UMBRAL</p> <p>I. Mirando al Océano, por Guillermo Labarca (4ª Ed.) .. 150</p> <p>II. María y el Mar, por María Elena Aldunate .. . 140</p> <p>PRESENCIA DEL PASADO</p> <p>I. Diario de mi Residencia en Chile en 1822, por María Graham (2ª Ed.) .. 280</p> <p>II. Recuerdos de la Escuela, por Augusto Orrego Luco 220</p> <p>POESIA-PINTURA</p> <p>Antología de Oscar Castro, por Hernán Poblete .. . 170</p> <p>Antología de Pedro Prado, por Raúl Silva Castro .. . 150</p>	<p>Dulce Patria, por Pablo Neruda \$ 200</p> <p>Edición especial .. 400</p> <p>Historia de la pintura chilena, por Antonio R. Romero 260</p> <p>Cuadernos Del Pacífico</p> <p>1. Antillanas, por Mario Carreño .. . 250</p> <p>2. Camilo Mori, por Antonio R. Romero .. . 250</p> <p>COLECCION DE ESTUDIOS JURIDICOS</p> <p>Reformas introducidas al Código Civil por la Ley número 10271, por Lorenzo de la Maza y Hernán Larraín. 400</p> <p>COLECCION ESTUDIOS SOCIALES</p> <p>1. Acción Católica y Realidades Modernas, por Mons. Manuel Larraín .. 40</p> <p>2. El Movimiento de Antagonish, por el Pbro. Humberto Muñoz .. . 40</p> <p>3. La técnica de las cooperativas de consumo, por Kay Thompson .. . 40</p> <p>4. El pensamiento social de Maritain, por Carlos Naudon 60</p> <p>5. Redención proletaria, por Mons. Manuel Larraín .. 30</p> <p>6. ¿Crecer o declinar de la Iglesia?, por el Cardenal Suhard 50</p> <p>8. Código Social de Malinas .. . 40</p> <p>9. El cristiano frente al mundo moderno, por Mons. Manuel Larraín .. 40</p> <p>10. Hacia un mundo comunitario, por Jacques Chonchol y Julio Silva .. . 60</p> <p>11. Hacia un nuevo orden por un catolicismo social auténtico, por Jorge Fernández Pradel, S. J. 30</p> <p>12. La ortodoxia de Maritain, por Julio Jiménez Berguecio, S. J. 60</p> <p>13. El orden social cristiano, por Alberto Hurtado, S. J. (2 vols) .. . 250</p>
---	--	---

EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.

Ahumada 57 — Teléfono 89166 — Casilla 3126 — Santiago.

DESPACHOS CONTRA REEMBOLSO DESDE UN LIBRO

POLITICA Y ESPIRITU

— *Los hechos y las ideas* —

REVISTA QUINCENAL

Año IX N.º 104

15 de Noviembre de 1953

I N D I C E

Advertencias de un aniversario	1
Política Nacional	2
Política Internacional	6
A propósito de "Nuestros Vecinos Justicialistas", por Ramón Cortés	10
¿Qué pasó con los sacerdotes-obreros? — El apostolado de los sacerdotes-obreros, por Georges Hourdin	13
Este Mundo de Hoy	18
Los Libros	20
Documentos: Socialismo y Liberalismo. Posición del Partido Socialista Popular frente a la situación nacional, discurso del senador don Eugenio González	23



REDACCION — ADMINISTRACION

Ahumada 57, Tel. 85011, Casilla 3126

Santiago de Chile.

DIRECTOR:

Andrés Santa Cruz Serrano

POLITICA NACIONAL:

Tomás Reyes Vicuña

POLITICA INTERNACIONAL:

Alejandro Magnet Pagueguy

ESTE MUNDO DE HOY:

Jaime Castillo Velasco.



Valor de la suscripción a 24 números: Chile \$ 440.— Extranjero, US\$ 3.—Las suscripciones deben solicitarse a EDITORIAL DEL PACIFICO S. A., Casilla 3126, Santiago de Chile. — Impreso en los Talleres de la Editorial Del Pacifico S. A., San Francisco 116.

ADVERTENCIAS DE UN ANIVERSARIO

Perdida toda esperanza de un homenaje espontáneo del pueblo con motivo del onomástico del Presidente y del primer aniversario del nuevo gobierno —que a su manera pretende también ser un nuevo régimen— y necesitado de adhesión callejera, no se tardó en recurrir al desfile de las fuerzas disciplinadas por motivos distintos al político y a atraer tras la fanfarria militar y el vuelo de aparatos extraños la curiosidad del transeúnte.

Y ahí estaba la tribuna para el Jefe, más allá el gran retrato, y en columnas sumisas los desfilantes. Nada de esto cuadraba al espíritu y a la tradición democrática de los chilenos; una atmósfera infiltrada y diferente como que parecía enturbiar el aire limpio de nuestra tierra.

Si bien podrían anotarse solamente como hechos externos e insustanciales, cuando se concatenan con diversos actos y expresiones constituyen símbolos de una mentalidad y presagios nada halagüeños para la vida institucional de la República.

Procesos similares se han vivido por naciones de distinto grado en su cultura cívica; en medio de ellas la política y los políticos eran señalados como los causantes de las angustias del pueblo, y el oprobio, muchas veces fundado, caía sobre sus cabezas; en esas naciones se vituperaba a la ley porque entrababa el funcionamiento expedito de la autoridad; las inquietudes económico-sociales, atemorizadas para hacerse presentes, irrumpían al margen de los cauces normales, justificando la represión; y los pueblos, perdida la fe en los principios y en sí mismos, se dejaban avasallar por una curiosa amalgama de demagogia y autoritarismo.

Nunca se supo qué fue primero, si la indefensión o la desmoralización colectivas. Parecería que no hay defensa por falta de moral, pero sucede que a veces no la hay porque no se cree en el peligro, y cuando éste se advierte suele ser tarde.

En un período excepcionalmente difícil para Chile, en que no podrían desconocerse la anarquía política, la efervescencia social, ni las implicancias internacionales, no es un hecho que se pueda dejar pasar el de la simple técnica, si se quiere, de la celebración del primer aniversario de este Gobierno, y no porque pensemos que ahora el Presidente constitucional de la República pudiera caer en la dictadura, sino porque aprovechando un clima formado alrededor de su persona, azuzando la decepción generalizada y acicateando los instintos primitivos que nunca mueren en los pueblos, podría erigirse un caudillo apoyado más que en su fuerza en la debilidad de una democracia minada.

Por ello reclamamos como el primer deber del primer ciudadano, depositario de un mandato popular, preservar y no vulnerar los instrumentos necesarios para que siga teniendo vigencia la expresión democrática.



LOS HECHOS

Una febril actividad caracterizó los últimos quince días de la vida política chilena.

Con la firma de diputados tradicionalistas, liberales, radicales y socialistas del Frente del Pueblo, se presentó una acusación constitucional contra el discutido ex Ministro de Economía y Comercio don Rafael Tarud.

Con la renuncia al Partido Nacional Cristiano de los diputados Musalem y Lascar y su ingreso a la Federación Social Cristiana, se produjo prácticamente la desaparición de aquel partido.

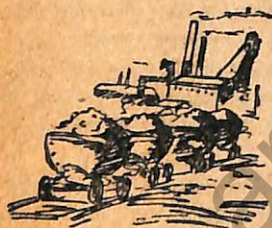
El cobre siguió siendo el gran tema de la política chilena. Dió motivo a que se contaran anécdotas y cuentos en el Senado y agitó a la opinión pública al anunciarse por el gobierno el desahucio de las gestiones para la venta a los Estados Unidos del stock no colocado.

Desde la Moneda partieron emisarios de incógnito con la misión de acercar hasta sus alfombradas salas a los tradicionalistas y también desde allí, otros, no tan incógnitos, salieron, después de hablar con S. E. el Presidente de la República, buscando la formación de un bloque formado por el Partido Agrario-Laborista, la Federación Social Cristiana, el Frente del Pueblo, el Partido del Trabajo y hasta el Partido Radical. Gestor de esta iniciativa habría sido el diputado agrario-laborista Sergio Recabarren. Todos los emisarios habrían fracasado.

El Presidente de la República celebró el día de San Carlos con un "espontáneo homenaje" escolar-ciudadano-militar preparado por la DIC, al día siguiente del cual los escolares desfilaron por las calles protestando por haberseles obligado a asistir.

Todo esto y mucho más agitó la política en quince días, pero más que de personajes políticos las primeras figuras tuvieron nombres de metal: cobre, acero y oro.

EL COBRE: DICTADOR DE NUESTRA ECONOMIA



Ha hecho crisis la situación que comenzó a generarse cuando aflojó la tensión internacional en Corea. Hasta entonces hubo precio firme para nuestro cobre y el gran comprador —E. E. U. U.— se allanó a pagar sin mayores regateos 35 y medio centavos de dolar oro por la libra, precio que aún tiene fijado el Banco Central para nuestras ventas en el exterior.

Aplacados los ánimos bélicos comenzó el descenso: 34, 32, 32 1/2, 31, 30 hasta llegar a 29 centavos la libra lo que colocó acentos de drama en los conciliábulos muy secretos de nuestros conspicuos financistas. Hubo uno, sin embargo, que no se inquietó ni personalmente, ni, al parecer, por el porvenir del país. Fué el inquieto y movedido ex Ministro de Hacienda señor Rossetti, a quien como premio se le dió la Embajada en Francia y actual-

mente tiene sus reales señadas en la Ciudad Luz. El señor Rossetti negó la existencia de un peligro real para nuestras exportaciones del metal rojo: desmintió cuanto noticia se difundió al respecto. Acusó a periodistas de estar difundiendo rumores falsos y tendenciosos cuando los que estaban en el secreto tocaban campanadas de alerta cuyos sonos no lograron conmovier la tranquilidad musulmana de quienes tenían entonces la responsabilidad de trazar líneas para el futuro. Se fué el señor Rossetti y se cumplieron los trágicos vaticinios. Chile no sabe qué hacer con su cobre. 120 mil toneladas de stock, son muchas toneladas, y especialmente muchos miles de millones de escuálidos pero necesarios pesos menos en nuestras arcas fiscales.

Las autoridades no lograron encontrar la ruta en éste como en otros muchos problemas. El precio del mercado mundial es un precio real; el precio chileno una cifra que ha tenido importancia para inflar presupuestos soñando como la lechera del cuento.

Se creyó poder solucionar el problema comerciando con el bloque soviético. Fueron derogados los dos decretos leyes que prohibían ese comercio ba-

sados en tratados internacionales como los de Washington, Bogotá, Río de Janeiro, por enumerar sólo tres de ellos. El Consejo de Gabinete que así lo acordó, presidido por S. E. tocó a rebato con este motivo y la propaganda oficial impresionó a la ciudadanía anunciando que se defendería nuestra libertad para comerciar con todos los países del mundo, cualquiera fuese el color de las vestimentas doctrinarias de sus gobernantes. Y al tenor de esas eventualidades se ha estado jugando nuestro porvenir político y económico. El Convenio Comercial. —la famosa cordillera libre con Argentina— se redujo a su mínima expresión; no se aceptaron proposiciones del bloque Oriental que las hizo concretas, especialmente Rusia, que significaban adquirir en Chile 50 mil toneladas y posteriormente 250 mil anuales de la producción normal, por un plazo de 3 años, a 34 centavos la libra. Volvió entonces a virar en 180 grados el criterio económico-político de nuestros gobernantes y el Consejo de Gabinete anunció que "se preferirá a Estados Unidos para vender el cobre". El Presidente de la República hablando durante San Carlos anotó: "Chile está definitivamente ubicado en el bloque Occidental: hay que defender al país del peligro marxista oriental..."

Y luego Estados Unidos planteó bruscamente sus condiciones: no compraría inicialmente sino 50.000 toneladas del stock a 30 cts. la libra; la compra de las otras 50.000 quedaría condicionada al hecho de que dentro del plazo de seis meses el Gobierno y el Congreso chilenos tomaran todas las medidas y dictaran todas las leyes necesarias para suprimir las diferencias de cambio en los retornos de costos de producción, eliminar el sobreprecio que actualmente percibe el Fisco de las ventas que hace el Banco Central, impedir la exportación a Rusia y demás países del bloque oriental y dictar una legislación tributaria normal para las compañías productoras. Además el cobre chileno debería venderse en los mercados libres del mundo occidental a los precios corrientes, es decir, sin precio mínimo fijado por el Gobierno de Chile.

Las exigencias de que no se creara la Corporación del Cobre y que las ventas fueran entregadas al exclusivo control de las compañías productoras, cuya existencia se ha sostenido, en realidad no figuraban entre las planteadas por los Estados Unidos.

Siguió a esto un golpe de efecto del Consejo de Gabinete: "Desahuciadas las conversaciones con Washington" se anunció. "Se ha dado instrucciones al Fiscal del Banco Central, don Luis Mackenna, para que regrese de inmediato al país".

Hemos vuelto así, como por arte de magia, al punto de partida: estamos buscando qué hacer con nuestro cobre. Y el Gobierno trata de decidirlo de acuerdo con el Senado de la República, a quien recurre en estos momentos para encontrar luces y... compartir responsabilidades. Es de esperar que entre todos logren dar con el camino perdido.

EX MINISTRO EN LA PICOTA: ORO, ACERO Y BUSES

El señor Rafael Tarud tiene una trayectoria rutilante en nuestra política. Agrario-laborista talquino era prácticamente desconocido antes de la Revolución Pacífica del 4 de Septiembre. Fué uno de los puntales económicos del ibañismo y, como tal, después del triunfo ocupó una de las principales "sinecuras administrativas": la Presidencia del Consejo Nacional de Comercio Exterior. De allí a un Ministerio había un paso muy breve y el señor Tarud lo dió el día menos pensado, ante el asombro de muchos que nada habían oído de sus dotes de economista.

Como Ministro de Estado, el señor Tarud demostró excepcional habilidad para concentrar en su persona la animadversión y el malestar de la oposición y de la opinión pública. Sus actuaciones como tal, que podrían calificarse de intervención estatal exhibicionista y arbitraria, hirieron a muchos y no satisficieron a nadie. Supo granjearse la hostilidad de los parlamentarios. Una visita a la Cámara de Diputados para explicar los planes económicos del Gobierno dejó como saldo una ruptura prácticamente definitiva entre Ministro y congresales durante una sesión en que no se le permitió terminar su exposición. Dió margen a ello el despliegue de la "claque" organizada que le acompañara para aplaudirlo y su negativa cerrada a conceder interrupciones.

No fué extraño, pues, que hubiera quienes sometieran a prolijo examen su gestión ministerial y que, como consecuencia de ello, se entablara en su contra una acusación constitucional, que fué firmada por diez diputados de diversos partidos de oposición.

La acusación se funda en lo ocurrido con la Ley del Oro, las negociaciones de la venta de acero a la Argentina y de adquisición de buses para la Empresa Nacional de Transportes, asuntos todos en que, según los acusadores, habría cabido al señor Tarud una intervención contraria a las leyes y perjudicial para el país. No es posible todavía hacer un análisis completo y objetivo de la acusación por no haberse dado a conocer todos los anteceden-

tes relacionados con ella ni haber hecho todavía su defensa el acusado.

Con todo, es posible anticipar algo sobre los capítulos de la acusación en referencia. Desde luego, es un hecho, en lo que toca al asunto de la Ley del Oro, que su actuación fué objetable bajo todo punto de vista. Esa ley dispone que semestralmente el Ministerio de Economía y Comercio debe dictar un decreto señalando las mercaderías que podrán importarse con las divisas provenientes de la exportación de oro nacional. El 2 de Julio o antes debía, pues, haberse dictado tal decreto para regir durante el segundo semestre de este año. Sin embargo, no se hizo así y el señor Tarud anunció que tal decreto no se dictaría debido a que era su intención pedir al Congreso Nacional la derogación de la Ley del Oro. Pese a ello, el 2 de Septiembre procedió a dictar ese decreto, para luego, el 10 del mismo mes, retirarlo de la Contraloría General de la República, donde estaba tramitándose y anunciar nuevamente que se pediría la derogación de aquella ley.

Nadie podría desconocer que al actuar en tal forma el señor Tarud faltó a su deber de cumplir una ley que tenía toda su fuerza obligatoria mientras no hubiera sido derogada y que no bastaba para estimarla abrogada el que un Ministro tuviera la intención de pedirlo al Congreso Nacional. Innegable es también que los hechos antes relatados produjeron grandes variaciones en el precio del oro, cosa lógica y previsible, que pudieron permitir suculentos negocios a quienes sabían lo que iba a ocurrir.

Los hechos relacionados con las negociaciones de venta de acero a Argentina, por su parte, aparecen envueltos en una bruma gracias a una serie de informaciones contradictorias dadas por el entonces Ministro de Economía y Comercio, que han hecho nacer muy justificados temores de que también en este caso se haya procedido si no con dolo, por lo menos en forma torpe y arbitraria y con perjuicio para los intereses nacionales.

Igual cosa puede sostenerse en lo que respecta a las negociaciones para adquirir buses para la Empresa Nacional de Transportes.

La Comisión Especial, designada por sorteo, e integrada por los diputados Juan Eduardo Puentes, Alfredo Illanes, Hernán Romani, Nabor Cofré y Arnaldo Rodríguez Lazo, en once sesiones de trabajo intenso recogió los elementos de juicio para dictar su informe desfavorable al señor Tarud en que pide se acoja la acusación entablada en su contra.

Allí salieron a relucir algunas interioridades, especialmente en lo relativo a las negociaciones de venta de acero a Argentina, que revelaron procedi-

mientos que algún ingenuo podía creer dejados de mano después del 4 de Septiembre. El señor José Luis Silva, Subjefe de Ventas de la CAP, por ejemplo, denunció ante la Comisión Especial que el señor Ramón Vergara Montero, el irreductible ex Presidente de la fenecida Comisión de Delitos Públicos, que no pudo encontrar delito que sancionar en su buseo en las actividades del Gobierno pasado, se había empeñado nada menos que en colocar acero en el vecino país, obteniendo en cambio una jugosa comisión. El aludido, en declaraciones de prensa sostuvo que, efectivamente, había participado en una gestión de esa especie en representación de una firma interesada, agregando que "tenía perfecto derecho de hacerlo por cuanto estaba desligado completamente de cualquier actividad administrativa o fiscal". Pero no sólo eso dijo el señor José Luis Silva: sostuvo enfáticamente que él había sido testigo de una polémica violenta entre el señor Vergara Montero y el Vicepresidente de la Compañía de Acero del Pacífico señor Eduardo Necochea a causa de que este último no encontraba aceptable la petición del ex Presidente de la Comisión Investigadora de Delitos Públicos. En esa oportunidad el señor Vergara habría llegado hasta amenazar con recurrir de queja ante el Presidente de la República si la CAP no le autorizaba el negocio.

Otro de los afectados por las declaraciones en la Comisión fué el diputado agrario-laborista por Concepción don Aníbal Zúñiga, a quien se le hizo el mismo cargo que al señor Vergara Montero. Este parlamentario concurrió posteriormente a la Comisión y aclaró que lo único que había hecho fué dirigir una carta a la CAP, solicitando una rápida respuesta para una negociación que tenía pendiente una firma argentina pero que en ningún caso había intervenido en gestión alguna por el interés de percibir comisión. Anunció el diputado agrario-laborista por Concepción que se querellaría en contra del Subgerente de Ventas de la CAP, por las imputaciones que definió como calumniosas.

Esto, sin entrar a considerar las revelaciones relativas a la intervención del acusado señor Tarud en los asuntos que motivan la acusación en su contra. Ellas podrán y deberán ser consideradas después, al conocerse el informe de la Comisión Especial que no había sido entregado a la publicidad al escribirse estas líneas.

Durante el trabajo de esa Comisión el único que no hizo noticia personalmente fué el propio acusado, quien no asistió a sus sesiones a defenderse y, según todos los pronósticos, a petición expresa del Partido Agrario-Laborista tampoco lo hará al debatirse y resolverse sobre la acusación en la Cámara

de Diputados. Temerían los miembros del PAL que se repita el caso de la exposición económica que tratara de hacer como Ministro y que una defensa personal suya tuviera sólo la virtud de aunar opiniones en su contra.

SE FORTALECE LA FEDERACION SOCIAL CRISTIANA



Como esos ríos que se salen de madre, así los diferentes partidos políticos que se inspiran doctrinariamente en el cristianismo están sufriendo un proceso de reacondicionamiento, buscando el cauce verdadero que corresponde a sus fines y objetivos.

Ya los conservadores se dividieron en dos corrientes claras. Una, la mayoritaria que, conservando el control del partido pasó a formar con la Falange Nacional la Federación Social Cristiana. Principios de avanzada social y una política de definido carácter popular y democrático preconiza esta fuerza. La otra, que se ha venido llamando el sector "azul del conservantismo", ha tendido su mirada al Partido Conservador Tradicionalista por medio de un Comité de Restauración Conservadora, dirigido por don Germán Domínguez, recientemente expulsado de su partido, conjuntamente con el diputado don Hugo Rosende.

Al medio de esas fuerzas en lucha, el Partido Nacional Cristiano que dirige don Luis Cabrera Ferrada y que naciera al calor de la campaña electoral del hoy Presidente de la República para apoyar su candidatura. En las elecciones de Marzo de este año obtuvo cuatro diputados, pero ahora dos de ellos, don José Musalem y don José Lascar, renunciaron públicamente a él a causa de la inclinación pro-tradicionalista de la directiva de Cabrera Ferrada e ingresaron a la Federación Social-Cristiana, seguidos en tal decisión por numerosos dirigentes y militantes de su partido.

La polémica pública que se originó dejó en claro las posiciones. Musalem, Lascar y los que le siguen, propugnan la aplicación de una política auténticamente social-cristiana y no quieren por motivo alguno la formación del "Partido Católico" que preconizan la directiva del P. N. C. y los "azules" conservadores. Estos, en cambio, creen conveniente la agrupación de fuerzas teniendo como espina dorsal doctrinaria la calidad de católico y para ello buscan afanosos el entendimiento con las huestes de Juan Antonio Coloma.

El desenlace de estas maniobras estratégicas se-

rá, seguramente, que quedarán frente a frente, como fuerzas claramente diferenciadas, dos bloques poderosos en el campo político-católico: una Federación Socialcristiana cada vez más fuerte y que aunará a falangistas y conservadores y un sector del P. N. C. y un Partido Tradicionalista, genuino representante de la Derecha, con todas sus virtudes y defectos.

EL PAL. ARMA SU CONGRESO "FUNCIONAL"

El Partido de Javier Lira busca afanosamente la ecuación para que su Congreso Nacional que comienza el sábado próximo en Viña y que terminará en Valparaíso el Lunes, encuentre normas precisas para fijar definitivamente la estructura "funcionalista" que sus dirigentes desean darle. Esa es la novedad en el PAL. Los delegados no sólo son políticos, a la letra de sus estatutos, sino que representantes de todas las actividades agrupadas como tales dentro del partido. Eso mismo aspiran ellos para el actual Parlamento chileno. Una Cámara política y un Senado "funcional".

Pero todo este aparato escénico está en riesgo de quedar en manos del señor Rafael Tarud, a quien los acusadores, aparte de las molestias de sentirse acusado, le han dado la satisfacción de verse elevado políticamente a la categoría de "víctima que necesita un desagravio". Es así como el Congreso Regional de Santiago del PAL aprobó un voto recomendando su nombre para Presidente del Partido lo que equivaldría a dejar la dirección de éste, definitivamente en manos del grupo llamado "estancuquerista" cuyos planteamientos coinciden con el "justicialismo" de Perón. Los más destacados elementos de este equipo pertenecieron unos a las tropas de choque y otros a la plana mayor del partido nacista de Jorge González von Marées, antes que éste se hiciera liberal, naturalmente.

Hay, sin embargo, quienes no ven con buenos ojos, dentro del PAL esta designación. Se dió a conocer una entrevista que tuvo el diputado Sergio Recabarren con el ex Ministro, cuando éste comenzó sus ajeteos políticos para llegar a la presidencia del PAL. En ella el diputado advirtió al Tarud que lo más conveniente para él era permanecer por un tiempo en segundo plano después de su gestión ministerial. No se olvidan los "anti-tarudistas" de la frase que pronunciara el ex Ministro cuando dejaba la cartera de Economía, al ser interrogado por los reporteros: "Iré hasta a barrer calles si así me lo pide el Presidente". Esto, según ellos, es un síntoma alarmante para la gestión de un posible timonel de partido político.

CONFERENCIA SUSPENDIDA POR TIEMPO INDEFINIDO



El 27 de Octubre, en Nueva York, Vishinsky declaró que su país vería con el mayor agrado una reunión de los Cuatro Grandes y que ésta no constituía ningún problema especial.

El mismo día, en Londres, el laureado Sir Winston Churchill expresaba una vez más que nada le sería más grato que reunirse con los jefes de las otras grandes potencias mundiales; pero al día siguiente, hablando a los periodistas en Washington, el Presidente Eisenhower manifestó que no veía objeto útil en una reunión con Malenkov si antes el gobierno soviético no daba muestras concretas de buena voluntad. Por su parte, funcionarios del Departamento de Estado advirtieron que, de acuerdo con lo dicho por el Presidente, el Primer Ministro Churchill se había comprometido a no hacer ninguna gestión directa ante Malenkov, en orden a lograr dicha reunión, mientras la URSS no diera una respuesta inequívoca sobre la invitación a Lugano que se le había hecho y mientras los seis firmantes del Pacto de Comunidad Europea de Defensa no lo ratificaran.

En el hecho, todas estas cuestiones están profundamente ligadas. Mas, por desgracia, los hechos se han encadenado de tal manera que van conduciendo a una situación a la cual ni la reconocida habilidad diplomática del viejo gobernante tory podría hallar una salida. A este respecto habría que considerar los siguientes elementos de la situación.

☆ Como ya quedó en evidencia con la respuesta rusa dada el 3 de Noviembre, el Kremlin no tiene interés en una conferencia para tratar el solo problema alemán. El estudio de éste sólo cabría dentro de un arreglo mundial entre Oriente y Occidente, el cual debería debatirse en una conferencia de Cinco Potencias, incluyendo, pues, a la China comunista. Una vez establecido un acuerdo a escala mundial, los soviéticos estarían dispuestos a arreglar entre cuatro el problema alemán.

La situación así planteada resulta exactamente la inversa de la que existía hace un año, cuando,

sin saber hacia qué lado se inclinaría Alemania en las elecciones por venir, los Occidentales eludían tratar sobre la reunificación alemana. Ahora que esta cuestión ha quedado definida, son los gobernantes de Occidente los que quieren concretar el asunto a Alemania.

☆ Pero los rusos no están dispuestos a tratar sobre Alemania si previamente no se acuerda excluir a este país del proyectado Ejército Europeo. El triunfo arrollador de Adenauer en las recientes elecciones ha descartado toda posibilidad de que se vuelva atrás en este terreno. Incluso lo ocurrido en Hamburgo en las elecciones del 1º de Noviembre vino a confirmar la casi omnipotencia que Adenauer tiene actualmente en Alemania Occidental.

La Ciudad Libre de Hamburgo había sido desde 1945 un bastión socialista, pero el 1º de Noviembre fué realmente un Día de Difuntos para el partido que dirige Ollenhauer. A pesar del enorme prestigio local de Max Brauer, el reconstructor de la ciudad, el bloque que apoyaba a Adenauer obtuvo, con cuatro asientos de ventaja, la mayoría en la Dieta de Hamburgo. Esto significa que ahora el gobierno demócrata-cristiano de Bonn tiene en el Consejo Federal, o Bundesrat, y en la Asamblea Federal —Bundestag— una mayoría de dos tercios, lo que le permite gozar de poderes ilimitados. Podrá, si lo desea, reformar la Constitución para establecer, por ejemplo, el servicio militar o cualquiera otra medida que convenga a la política interior o exterior del gobierno.

Mas, por otra parte, y dada la distribución de fuerzas producida en las elecciones del 7 de Septiembre último, el bi-partidismo ha quedado de hecho establecido en la Alemania Occidental. Pero también el triunfo arrollador del gobierno ha llevado a los socialistas a reajustar su línea política sobre la deseada por la mayoría de los alemanes, preparándose así el camino a una política exterior bi-partidista y, por lo tanto, mejor respaldada.

☆ Frente a estas circunstancias, la posición de Francia se hace más y más débil. Los rusos están aprovechando con bastante habilidad de esta circunstancia, pues los franceses se encuentran divididos e irresolutos ante el dilema del peligro ruso y el peligro alemán. Los rusos no podrían ser

detenidos militarmente en Europa sin la colaboración alemana, pero ¿Quién detiene a los alemanes una vez rearmados? O, cuestión previa inmediata. ¿Evita el Ejército Europeo los peligros del militarismo alemán?

El 30 de Octubre se reunió el Consejo de la República francesa para oír al Ministro de Relaciones Exteriores, M. Bidault sobre estos problemas, antes que el Tratado de París sea presentado a la Asamblea para su ratificación. Los resultados no fueron prometedores. Por 240 votos contra 74, el Consejo aprobó una moción por la cual se invita al Gobierno a buscar mayores garantías para Francia frente a Alemania antes de ratificar el Tratado.

La mayoría es significativa, pues parece anunciar que si el Ejército Europeo es ratificado en la Asamblea, sería rechazado por el Consejo de la República (que hace las veces de Senado) y resulta dudoso que la mayoría "europeísta" de la Asamblea alcance los votos suficientes para insistir frente al rechazo del Consejo. Ello indica, a su vez, que serán necesarias nuevas gestiones diplomáticas para obtener un reforzamiento de las garantías frente al rearme para que así Francia pueda ratificar el Tratado. Esto también ha hecho que el planteamiento político en Francia, a pocas semanas de la elección presidencial, no se haga sobre la base de una división entre derechas e izquierdas, al menos en el sentido clásico de ella, sino entre partidarios y opositores al Ejército Europeo. Así, nada permite suponer que esa ratificación, si se produce algún día, ocurra dentro de los meses próximos. Por lo mismo, si la actual posición del Departamento de Estado se mantiene —no hay Conferencia de Cuatro sin Ejército Europeo— se deduce que no habrá Conferencia hasta dentro de cuatro o cinco meses, por lo menos. La otra alternativa es que la Casa Blanca cambie de parecer.

LOS DEMOCRATAS EN EL HORIZONTE



En la ciudad de Nueva York, los demócratas confirmaron su preeminencia electoral al hacer triunfar su candidato a Alcalde, Robert Wagner. Y en

Virginia, que votó por Eisenhower el año pasado, triunfó también el candidato demócrata a Gobernador. Si este proceso continúa en Los Angeles, California, que el martes 10 deberá ("ha debido ya" cuando se publiquen estas líneas) elegir un representante, significa que los republicanos deberán luchar desesperadamente el año próximo para conservar el control del Congreso, en el cual, hoy por hoy, sólo tienen una ventaja mínima.

En los Estados Unidos ha ocurrido algo semejante a lo pasado en Chile, si bien —aunque parece paradójal— en menor escala. Los republicanos han defraudado a los 33.824.351 ciudadanos que votaron por Eisenhower —la mayoría más alta de la historia de la Unión— pero el general conserva, a lo que parece, su popularidad. Es dudoso, sin embargo, que ésta alcance a cubrir a todos los candidatos republicanos que se presentarán a las elecciones de 1954 para obtener, como se diría en Chile, "un parlamento para Ike".

El gobierno republicano ha ido apareciendo más y más ligado a los grandes intereses industriales y su política de liberación de los controles no ha resultado tan favorable como se anunciaba en los discursos electorales.

Por una serie de circunstancias —entre ellas una excelente cosecha— el precio de los productos agrícolas ha experimentado una evolución desfavorable, lo que ha puesto a las diversas clases de agricultores en una posición relativamente difícil. Los ganaderos, desde luego, —350 dirigentes ganaderos de 30 Estados— han declarado al propio Eisenhower a fines de Octubre, que el programa de la administración republicana para solucionar los problemas de la industria pecuaria ha fracasado. Uno de esos dirigentes llegó a declarar: —"Miles de agricultores y ganaderos medianos enfrentan la necesidad de tener que deshacerse a cualquier precio de sus reses, yendo a la quiebra vendan o no vendan por lo que caiga. Salvo que inmediatamente se adopten las medidas para corregir una de las más profundas bajas de precios de la historia moderna, se verán abocados a la ruina".

El hecho es que los Estados Unidos desbordan hoy de alimentos. La última cosecha de trigo ha permitido acumular un excedente que es ahora de unos 26 millones de toneladas, o sea, más del doble de lo que produce toda América del Sur, en donde el trigo, por cierto, no abunda. Este excedente es el que ha permitido que se comience a llevar a la práctica un programa de ayuda como la prestada a Bolivia, en donde el gobierno venderá a bajo precio los alimentos donados por los Estados

Unidos para emplear el producto de la venta en costear obras de desarrollo local.

Por lo que se refiere propiamente al ganado, el senador Carlson, republicano de Kansas, propuso que el gobierno comprara el excedente de ganado para revenderlo en el extranjero, donde la carne, evidentemente, no es artículo de consumo diario. Según Carlson, en los Estados Unidos hay actualmente tres millones de cabezas de excedente, lo que, según sus cálculos, equivale a 1.500 millones de toneladas de carne.

Para frenar el impulso acometido de los demócratas, que parece condenar a los republicanos a quedarse a la defensiva hasta las mismas elecciones parlamentarias, el senador Mac Carthy está impulsando el descubrimiento de más y más células comunistas en los servicios de Defensa Nacional, los cuales, según él, habrían sido legados por los demócratas, igual que los déficit presupuestarios y el "socialismo". ¿Logrará tener algún efecto ese recurso ante la opinión pública norteamericana? Ello depende en gran parte de la evolución política internacional, en cuanto ésta se halla condicionada por la actitud rusa.

Otro tanto puede decirse del impulso dado al programa de rearme atómico y de organización de las defensas contra las armas atómicas, basado en el hecho de que la URSS también posee la Bomba H. Lo peligroso podría ser, precisamente, que los republicanos fueran utilizando en forma creciente como arma política el fomento del histerismo anticomunista y represivo que hasta ahora con tanto éxito ha empleado el senador Mac Carthy, y el temor a las armas atómicas.

VARGA PROFETIZA DE NUEVO



Una vez más, el economista soviético Eugenio Varga, en un artículo publicado en Pravda, ha vuelto a profetizar sobre el futuro económico de los Estados Unidos. "Los signos de la crisis provocada por la sobreproducción en los Estados Unidos —dice— han llegado a hacerse de tal manera visibles que ya se comienza a hablar de ellos abiertamente. Los diarios y revistas económicas plantean la pregunta: —¿Cuándo comenzará la baja de la actividad económica esperada desde hace tanto tiempo?"

Para Varga, el alza continua del índice de producción industrial norteamericana es engañoso. "No

hace más que subrayar la justeza de las posiciones fundamentales de la teoría de Marx sobre la producción y las crisis. Se sabe que el nivel de la producción debe, precisamente, alcanzar su máximo antes de la crisis económica. La teoría de Marx se ve confirmada por la historia secular de las crisis económicas mundiales". De acuerdo con esa teoría y contra lo que creen los economistas burgueses, Varga asegura que el fin del "boom" actual se acerca más y más.

"Una parte considerable de los bienes producidos no llega ya, desde hace tiempo, hasta el consumidor, sino que se amontonan en las bodegas de los industriales, de los comerciantes mayoristas y al detalle, de los granjeros y en los almacenes del gobierno". Según el mismo Varga, las reservas de mercaderías de los Estados Unidos, con un valor de 100.000 millones de dólares son actualmente, el doble de las necesarias para la buena marcha de la producción. "Sin una seria reducción de la producción industrial, sin una rebaja de precios, será imposible —a juicio del economista soviético— desembarazarse de ese "exceso de mercaderías".

El artículo de Varga termina por demostrar, naturalmente, que "la descomposición del capitalismo americano ha llegado a tal punto que los portavoces del gran capital predicen casi abiertamente una nueva guerra mundial como medio de evitar una crisis económica".

Por su parte, Mr. Thomas Balogh, profesor de Economía Política en Oxford y uno de los principales consejeros del Partido Laborista en estas materias, había llegado poco antes de publicado el artículo de Varga, a conclusiones semejantes, para advertir a los europeos de Occidente sobre la necesidad de prevenir las terribles repercusiones que tendría entre ellos una crisis económica en los Estados Unidos.

Si bien Balogh encara el asunto en forma menos propagandística que Varga, no puede dejar de observar como "los americanos se esfuerzan, con su actitud, de justificar la más vulgar interpretación materialista del funcionamiento de su sistema económico y social".

Sin embargo, el mismo Balogh se encarga de advertir también la sorprendente capacidad de expansión que hasta aquí viene demostrando la economía de los Estados Unidos.

"La evolución económica norteamericana —escribe— es, desde 1950, uno de los ejemplos más impresionantes de las vastas posibilidades que se ofrecen a un sistema económico rico y dinámico cuando se ve empujado a una expansión continua por el motor de los gastos gubernamentales". Así, el

producto nacional bruto subió de 284 a 329.000 millones de dólares en 1951; siguió subiendo hasta los 361.000 millones en 1952 y alcanzó hasta 372.000 millones de dólares a mediados del presente año.

¿Puede continuar indefinidamente esta fabulosa expansión? Ella depende de múltiples factores, pero tanto el soviético como el laborista creen que la economía norteamericana se está acercando a un punto peligroso. Por lo que a él respecta, y muy prudentemente, ya que en la URSS los economistas están expuestos a ser desmentidos no sólo por los hechos sino por sus jefes políticos, Eugenio Varga no anuncia la magnitud de la crisis que ve venir fatalmente sobre los Estados Unidos.

El economista inglés no ve el horizonte muy despejado. Mirando siempre desde su punto de vista europeo, concluye: —Si además de la desigualdad económica creciente, nosotros, los de Europa Occidental, debemos enfrentar el problema de la inestabilidad americana y de la cesantía mundial que sería su consecuencia, el desafío político que nos lanzarán los comunistas apoyados por un sistema de producción siempre creciente, será difícil de responder. Aún tenemos una ventaja decisiva con respecto a la URSS, en materia de productividad. Pero cada año que pasa sin que se emprenda una acción internacional vigorosa para estimular la economía de las regiones menos desarrolladas, hace disminuir la ventaja que nos queda. Ya no hay tiempo que perder”.

20.000 COMUNISTAS EN AMERICA LATINA



gún la frase de clisé en los discursos panamericanos.

El informe del Dr. Milton Eisenhower, al menos en la parte que se ha hecho pública hasta hoy no contiene un solo elemento que permita esperar un cambio alentador. Se ha insistido en la gastada monserga de las facilidades al capital privado, fórmula absolutamente inoperante en las actuales circunstancias.

Al recibir a la prensa, el nuevo embajador de los Estados Unidos en Chile no pudo, naturalmente, ser más explícito sobre el punto de una posible

ayuda norteamericana en escala apreciable a América Latina. En Río de Janeiro, la cuestión de un Plan Marshall para América Latina se dejó para ser tratado por una Conferencia Económica que sería celebrada al año siguiente. En Bogotá ocurrió una cosa semejante. Ahora, toda decisión sobre el asunto se posterga hasta cuando el Dr. Milton Eisenhower entregue un completo informe. Los chilenos, entre tanto, tienen la amarga experiencia de los palmoteos que mutuamente se dieron en Buenos Aires el señor Perón y su huésped el hermano del Presidente de los Estados Unidos, la nación que ahora el Presidente argentino distingue con su amistad entre todas las de la tierra. También es cierto que en Santiago el señor Eisenhower tuvo algo así como una buena acogida de segunda clase, cual si todo hubiese estado programado para que advirtiera mejor la diferencia en el trato a uno y otro lado de los Andes. Todas estas vicisitudes conducen a resultados tan desalentadores como para que se pueda asegurar desde ahora que si la Argentina tiene dificultades con los Estados Unidos por causa de los derechos que —según parece— se impondrán a la lana, la mayoría de los chilenos lleguen a frotarse las manos recordando lo del cobre y considerándose vengados, y vice-versa.

Entre tanto, el tan anunciado informe de la Subcomisión de Relaciones Exteriores del Senado norteamericano, relativo a las actividades del comunismo en el mundo, ha sido dado a la publicidad. Las cosas, en realidad, ya no se entienden...

Por lo que se refiere al hemisferio americano, el informe dice los comunistas “no tienen en el presente esperanzas de dominar ningún gobierno latinoamericano por medios electorales”. Ello es muy comprensible si se considera que, conforme lo expresa el informe, las fuerzas del comunismo en América Latina han bajado de 300.000 militantes en 1944-47 a sólo 20.000 en 1953. Con semejantes efectivos, es evidente que los comunistas no podrían aspirar a la conquista del poder por ningún medio, y más aún si se recuerda que en 12 de los 20 países latinoamericanos, el comunismo está fuera de la ley.

Las cifras dadas por los senadores son, a todas luces falsas. Las fuerzas reales del comunismo en América Latina son bastante mayores que las señaladas en el informe senatorial. En todo caso, lo lógico sería que el Departamento de Estado ciñera su acción a ellas, dada la autoridad de la fuente de que provienen. Pero el primero en no tomarlas en cuenta es el propio Departamento de Estado al estimar que una de las principales finalidades del interamericanismo es el desarrollo de las medidas anticomunistas. Para perseguir a unos pobres 20.000 comunistas diseminados entre los 150 millones de habitantes de 20 países no vale la pena celebrar una conferencia interamericana.

A PROPOSITO DE 'NUESTROS VECINOS JUSTICIALISTAS'

El viernes 6 de Noviembre, el Comité Chileno del Congreso por la Libertad de la Cultura convocó a un foro para debatir públicamente el libro de Alejandro Magnet, NUESTROS VECINOS JUSTICIALISTAS. Al iniciarse la reunión, el distinguido periodista, ex-Director de "La Nación", y 2º Vicepresidente del mencionado Comité, don RAMON CORTEZ, pronunció las palabras que siguen:

Esta sesión del Comité Chileno del Congreso por la Libertad de la Cultura, tiene por objeto ofrecer la palabra sobre el libro "Nuestros Vecinos Justicialistas" de Alejandro Magnet.

No es este un gesto de camaradería destinado a realzar el éxito del escritor, que, a su vez, es secretario general de nuestra organización.

Sentimos gran afecto por Alejandro Magnet, pero ese sentimiento no nos ciega hasta hacernos ejecutar actos redundantes y redundancia sería tratar de agregar realces a la empresa de un escritor que, de súbito, ha encimado todos los éxitos.

Solo en horas, el público agotó la primera edición de "Nuestros Vecinos Justicialistas", y en días, está agotando la segunda.

La torre de Babel de los críticos ha hablado en esta ocasión el idioma de la unanimidad para darle categoría de libro del momento.

Se le estima llamado a responder preguntas de apremiante actualidad; se le considera el esfuerzo más documentado para abrir los ojos a los chilenos; se le juzga obra decisiva; se le apellida "libro-bomba".

Todo el mundo lo lee o habla de él. Como muchos otros, un hombre del pueblo, un obrero con overall, llega a la Librería del Pacífico, adquiere un ejemplar, hojea las páginas, vacila y pregunta titubeando: "¿Está el autor?"

—"Sí" —se le contesta.

—"Yo no sé —replica— yo no sé si debo, pero me gustaría me pusiera una dedicatoria aquí..."

Nó. Esta reunión no pretende ser caja de resonancia de un triunfo neto y merecido. Se dirige a ofrecer tribuna al hombre que quiera discutir algún hecho u opinión de "Nuestros Vecinos Justicialistas" o a hacer alguna pregunta al autor.

Para ciertos libros, el mundo de las letras es una especie de República censitaria, en que sólo un pequeño número de privilegiados tiene derecho a voz y voto. El mundo de "Nuestros Vecinos Justicialistas" es una República de sufragio universal, donde quien quiera puede emitir su juicio y llegar hasta las urnas...

Trata un tema nuestro, un tema de nuestra gente y de nuestro tiempo.

Vivimos el momento de la literatura periodística. El escritor se halla atado al banco de la actualidad, pero si tiene fuerza en su boga es capaz de torcer el rumbo de la galera.

El Premio Nobel de Literatura no lo obtiene un poeta, ni un dramaturgo, ni un novelista; lo gana un hombre de Estado que dicta sus Memorias. Del mundo "inane y vacío" de los hechos diarios, huía el escritor al dilatado Universo de la ficción. La epopeya requería un maravilloso, pagano en la "Ilíada" y en la "Eneida", cristiano en "El Paraíso Perdido" y en "La Divina Comedia". Los hechos de hoy se hombreadan con las creaciones de la fantasía: la bomba atómica bien vale los rayos de Júpiter y las guerras mundiales apagan el estruendo de las luchas de Luzbel y los ángeles caídos.

Alejandro Magnet ha escrito un libro que tiene de historia, de ensayo, de crónica y ¿por qué no decirlo? de suspenso. Es un libro de un original contrapunto. Habla de nuestros vecinos, pero en realidad habla de nosotros. Quien describiera las grietas de un peñón que amenaza sepultar una aldea montañesa, no estaría hablando prácticamente del peñón, estaría hablando de la aldea.

Con la obra de Magnet se reafirma la idea de que existe parentesco entre las naciones, como lo hay entre los hombres. Hay países hermanos, los hay gemelos, como entre los humanos lo fueron Jacob y Essau. Llega a haber países siameses.

Chile y Argentina son las dos caras de una medalla geográfica e histórica, el anverso y el reverso de un complejo de montañas y pampas, minas y sementeras, ríos torrentosos, ejércitos libertadores, "divortia aquarum" y abrazos del Estrecho.

Entre Chile y Argentina corre una cordillera como un torrente de cimas y de abismos. ¿La Cordillera une o separa?

Nadie sabe si los Andes son una espina dorsal, cuyo objeto es yuxtaponer países vertebrando el todo homogéneo de un Continente, o si es una ba-

rrera, un límite de dos mundos geográficos e históricos.

Modestísimamente, nosotros creemos lo segundo. Creemos que los Andes son una frontera y no sólo de espacio, sino también de tiempo.

"En el principio fué el Mediterráneo..." dice Germán Arciniegas al iniciar la "Biografía del Caribe" y con pinceladas luminosas, que recuerdan el brillo lujurioso de la pintura veneciana, traza el cuadro del mar latino, del lago de la cultura occidental, en cuyas orillas la Humanidad alcanza la mayoría de edad del espíritu.

"Fué el Mediterráneo", cuando los trirremos y el arte de marear por la costa.

Es el Atlántico, cuando el astrolabio, cuando la carabela de trinquete, mayor y mesana, cuando la navegación de alta mar.

Durante más de cuatro siglos, el Atlántico, océano del Renacimiento y de los tiempos modernos, trae y lleva, junta y mezcla a las gentes de Europa, de Africa, y América. Los barcos a vapor y las motonaves no cambian el escenario del mundo y simplemente intensifican las corrientes migratorias y los intercambios de productos, así como nivelan el progreso y el desarrollo de uno y otro hemisferio.

Hoy, cuando la navegación aérea, cuando los aviones de propulsión a chorro, será el Pacífico.

Más que los hitos meramente históricos con que, corrientemente, se divide la narración de los hechos humanos, son las mutaciones de escenario geográfico las que influyen, determinan y hacen cambiar el curso de la Historia.

Haushofer dice: "Un espacio gigantesco se está extendiendo ante nuestros ojos con fuerzas que afluyen a él, las cuales fríamente objetivas, esperan el alba de la era del Pacífico, sucesora de la vieja etapa del Atlántico y de la caduca del Mediterráneo..."

Weigter considera "el Pacífico como una esfera de poder que ahora, por primera vez, está despertando lentamente a la conciencia de ser la unidad de mayores espacios terrestres y marítimos".

Con más elocuencia, sin embargo, que las palabras de geógrafos y geo-políticos, hablan del Pacífico los hechos que se desencadenan con celeridad de áud.

La independencia abre ilimitadas perspectivas a la India e Indonesia; China se remueve hasta en sus cimientos; el Japón va en vías de recuperación; Australia y Nueva Zelandia se independizan económicamente de Gran Bretaña; se oye hablar, cada vez con más frecuencia de Kenya, Tanganyika y la costa oriental de Sud Africa; Siberia se

puebla y Rusia por efectos de la ley de gravedad de su destino histórico llega cada vez más hasta Vladivostock en busca de mares libres de hielo. En la otra ribera, Estados Unidos y Canadá han completado su integración geográfica y son países de costa a costa, como México y Centro América.

De los Estados de la Unión, el que crece con más rapidez es California, cuya puerta de oro puede quitar el cetro a la metrópoli de la estatua de la Libertad.

Y en este mundo del futuro: no hay en Africa, Asia, América y Oceanía, un país que tenga en el Pacífico, un litoral tan dilatado como Chile, que se extiende desde Arica hasta la Antártica.

El sol de la Historia, al pasar por encima de las Columnas de Hércules, dejó en la obscuridad al Mediterráneo para iluminar el Atlántico. Ahora el sol está trasmontando la frontera de los Andes y es fatal que caigan las sombras sobre las aguas y las costas atlánticas, mientras la luz se derrame sobre la cuenca del Pacífico.

En los tiempos, del Atlántico, Argentina era llamada "la tierra de todos", mientras que de Chile, emparedado en los repechos andinos, se decía era el último rincón del mundo.

Tal posición antitética engendró perjuicios y beneficios, cuyos choque dialéctico plasmó la fisonomía de ambos países.

Chile, apartado de los caminos del mundo, fué obra de sí mismo. A la formación de Argentina colaboraron muchas manos ajenas.

"Gobernar es poblar...", poblar con extranjeros, se dijo más allá de los Andes, como la única receta política capaz de moldear una nación. "Gobernar es educar", educar a la propia gente, se dijo aquí como la expresión de una experiencia histórica.

Antes de la gran inmigración, en los dos primeros tercios del siglo XIX, cuando Chile ya era —nec pluribus impar— una República "en forma", Argentina era el campo de las correrías de Facundo y de los otros centauros de la guerra gaucha.

En Chile jamás se ha enseñado patriotismo; en cambio, toda la obra pedagógica de Sarmiento y sus sucesores tiende a que junto con la letra, entre el sentido nacional en las mentes en formación.

Mientras —como lo apunta Magnet— Corrientes se ofrece al Paraguay y se pide a Portales acepte las provincias de Cuyo, Chile guerrea a la usanza de la época para agrandar su territorio. Solo Estados Unidos y Chile han ensanchado sus fronteras en América desde la Colonia hasta la fecha.

Chile es un imperio. El más pequeño, el más modesto e insignificante, pero imperio. La metrópoli es el valle central, las colonias el resto que queda

dentro del perímetro nacional. De la metrópoli salen los conquistadores de las salitreras, de las minas de cobre, de las tierras de la fronteras, del Aysen, de la llanura magallánica, de los mares, de los hielos antárticos.

El medio no altera al chileno aventurero. Está donde esté, conserva las costumbres de la "metrópoli" y añora apasionadamente el valle central, enyesado angustiosamente entre dos cordilleras, con sus campos verdes, sus sauces y sus álamos.

Está en el plasma de la sangre del chileno la aventura, la gran empresa. Para la mayoría de los países de América, la Colonia fué una siesta, un correr cansino de los días de indios dóciles y de peninsulares poltrones. El ancho y el largo de la Colonia está atravesado en Chile por la gesta de la guerra de Arauco, lucha sin tregua de indígenas que no fueron "por rey jamás regidos" y por españoles que sentían que

"para batallar hay mucha tierra
y para morir hay mucho corazón.
y mucho bronce encierra
la lengua de Cervantes, de Lope y Calderón
para llamar varones a la guerra..."

Hijo de esa epopeya, el chileno tiene los elementos que lo capacitan para afrontar su destino en las riberas del Pacífico, el Océano que será ineluctablemente el Océano del futuro.

Tiene esos elementos y le vienen por raza, por tradición, por historia. Chile de su aislamiento, surge como el arquetipo del país autóctono. Argentina, abierta a los pueblos de Europa, es el ejemplar clásico del país de inmigración.

Hacia la "Tierra de todos", sin embargo, no solo emigran los hombres derrotados y sin destino del Viejo Mundo. Hasta sus playas, como restos naufragos, llegan también las ideas y los principios vencidos en el Antiguo Continente.

Es con el detritus de esas ideas, que se ha amasado el sistema político transandino, que Alejandro Magnet ha viviseccionado en su libro. Sistema político cuya meta, cuya aspiración recóndita es la salida de Argentina a las riberas del Pacífico, salida que le aseguraría un puesto bajo el sol del mañana.

Para que eso fuese, nosotros tendríamos que dejar de ser. El dilema es tan angustioso como la pregunta alucinante del príncipe danés.

El interés clamoroso que ha despertado el libro de Magnet ¿fructificará en conciencia del minuto que vivimos? ¿Logrará hincarse en el espíritu y si fuera posible en la carne de un pueblo que cuenta con un gran pasado y a quien el destino le ofrece un porvenir más grande?

Oírezco la palabra sobre "Nuestros Vecinos Justicialistas"...

El debate que siguió a estas palabras apasionó al público que llenaba totalmente el local. Dado el interés despertado por el tema en discusión se acordó proseguir ésta en una segunda sesión, por lo cual daremos la versión completa en el próximo número de esta Revista.

¿QUE PASA CON LOS SACERDOTES OBREROS?

El 23 de Septiembre último, se reunieron en el Palacio del Arzobispado de París, con el Nuncio de Su Santidad, Monseñor Marella, veintiséis altos dignatarios de la Iglesia de Francia. Entre ellos se encontraban los cardenales Liénart y Feltin, los obispos de la región de París, los de Nancy, Arras y Marsella, y los superiores de las órdenes religiosas que cuentan con sacerdotes-obreros entre sus miembros. Poco antes, otras conversaciones habían tenido lugar en Lyon y en Toulouse, también entre el Nuncio, Monseñor Marella, y los obispos en cuyas diócesis hay sacerdotes-obreros ejerciendo su apostolado.

El objeto de dichas reuniones era estudiar con los jefes de la Iglesia en Francia una carta dirigida a éstos, en Julio último, por el Cardenal Pizzardo, Prefecto de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades. La carta se había mantenido en reserva hasta que Monseñor Harscouet, obispo de Chartres, la dió a conocer a fines del último mes de Septiembre. Por dicho documento se prohíbe "de manera absoluta a todos los alumnos de los seminarios de Francia, sin ninguna excepción, que se enrolen temporalmente para desempeñar cualquiera clase de trabajo".

En el hecho, semejante prohibición sólo podía afectar al Seminario que la Misión de Francia mantiene en Limoges y en el cual se preparan 244 seminaristas. En virtud de ella, la reapertura de las clases después de las vacaciones de verano, que terminan en Septiembre, ha sido postergada indefinidamente. El canónigo Basseville, rector del seminario, ha pedido a los alumnos que permanezcan entre tanto en sus respectivos hogares y ayuden a sus párrocos en el desempeño, de su apostolado.

Estos hechos han causado, primeramente en Francia y luego en el mundo entero, enorme revuelo.

El Seminario de la Misión de Francia, establecido en 1942 en Lisieux, la ciudad de Santa Teresa, fué después trasladado a Limoges. Tiene el privilegio de recibir seminaristas no sólo de la diócesis correspondiente, como es lo ordinario, sino que de toda Francia y así ha llegado al crecido número que ahora cuenta. Otros seminarios, en cambio, han visto bajar considerablemente la cantidad de

sus alumnos. La revista norteamericana "Time" ha informado que ésa sería una de las causas de la decisión de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidad de Roma.

* * *

La verdad es, por cierto, más complicada. Quienes han leído la novela reportaje de Gilbert Cesbron *Los Santos van al Infierno* (*) han podido avaluar mejor las enormes posibilidades de una acción como la de los sacerdotes-obreros y, al mismo tiempo, apreciar los peligros a que se exponen los que sirven esta nueva y audaz forma de apostolado. No deja de ser sintomático que ante el anuncio —falso, por lo demás— de que la Iglesia desautorizaba a los sacerdotes-obreros, hayan sido los católicos reaccionarios por un lado, y los comunistas por el otro, los que han manifestado su complacencia. Y ambos han partido del mismo hecho inexistente o exagerado: que los sacerdotes-obreros en vez de convertir a los comunistas han sido convertidos por éstos...

En realidad —y conforme al testimonio de una revista tan poco sospechosa de parcialidad por su inspiración ideológica como *l'Observateur* de París— sobre más de un centenar de sacerdotes-obreros que hay actualmente en Francia, sólo dos se han "convertido" al comunismo: uno en Marsella y el otro en Limoges, y un tercero, por lo menos, ha abandonado la Iglesia por otras causas. Si se piensa que el apostolado de los sacerdotes-obreros lleva ya diez años de desarrollo y en condiciones no sólo durísimas y peligrosas sino totalmente nuevas, hay que concluir que el audaz experimento no corre grandes peligros por ese lado.

Lo que parece haber alarmado a la Santa Sede es una cosa distinta. Poco después de la reunión en el Arzobispado de París, en una conferencia a sus curas párrocos, el cardenal Feltin advertía cuatro especies de peligro:

1. Peligro de error sobre la noción del apostolado misionero... que no es una acción temporal.

(*) Publicada en castellano por Editorial Del Pacífico S. A.

2. Peligro de error sobre la noción misma de la Iglesia.

3. Peligro de error sobre la ley de caridad, ley esencial del cristianismo. A este respecto, el cardenal fué muy claro. Sus palabras explican porqué los comunistas pueden haber llegado a jactarse de que ante "la realidad social" los sacerdotes-obreros habrían tenido que reconocer que el comunismo es la única doctrina posible.

"...Hay católicos, —dijo el Cardenal— aun entre los sacerdotes, que quieren, bajo pretexto de justicia, asociarse a la lucha de clases— consecuencia, necesaria del trastorno social deseado: destrucción del régimen capitalista que oprime a los proletarios. Para ellos, el mal, el pecado, se resumen en el régimen capitalista; derribarlo es, pues, un acto bueno y la lucha de clases está destinada a hacer desaparecer el pecado colectivo.

"Verdad es que todo debe hacerse para mejorar la situación de los obreros, para poner fin a los abusos del régimen capitalista, a situaciones intolerables. La Iglesia no cesa de invitar a elló a sus fieles.

"Esta acción temporal, sindical, política, es obra de los laicos sostenidos por sus sacerdotes en el espíritu de la Iglesia y conforme a sus directivas. En algunas circunstancias y sobre puntos precisos en que la justicia esté en juego, se concibe un acuerdo con hombres pertenecientes a otras organizaciones, pero no se puede hacer de ello una posición habitual.

4. Peligro de error sobre la vocación del sacerdote seglar. A este respecto, el arzobispo de París insistió sobre el espíritu de obediencia y humildad que debe animar al sacerdote y sobre la tentación de seguir ciegamente "su conciencia personal", con lo que se corre el riesgo "de engendrar ese neo-protestantismo que tanto teme el Padre Santo".

* * *

En la reunión tenida el 23 de Septiembre en París no se llegó, según parece, a ninguna resolución precisa. De todos modos, se ha hecho evidente que incluso muchos de los obispos que no miraban con demasiado entusiasmo la empresa de los sacerdotes-obreros se han puesto del lado de éstos ante los ataques que se les han dirigido. En realidad, ya no se trata de defender al centenar de sacerdotes-obreros que hay en Francia sino a la idea que representan. Como escribía muy bien Geor-

ges Hourdin en *Le Monde* de París, "el problema de los sacerdotes obreros pone en tela de juicio no el estilo de vida de ciertos sacerdotes, lo que es un asunto de disciplina interna de la Iglesia, sino la acción misionera misma. Hoy, es la orientación de la Iglesia de Francia la que se le plantea a los obispos franceses".

Esto es lo que los obispos han hecho presente a Roma y actualmente los cardenales y arzobispos de Francia estudian el estatuto de los sacerdotes-obreros que presentarán a S. S. el Papa para su examen y aprobación. El estatuto anterior, aprobado en 1950, lo había sido sólo en carácter provisorio y, precisamente, por sólo tres años. De tal manera resultan exagerados los precipitados rumores que hablaban de una condenación de la Misión de Francia y de la Misión de París.

La excelente revista católica *L'Actualité Religieuse dans le monde* escribía editorialmente acerca de este problema en términos muy justos:

"Parecería que hoy, este experimento (el de los sacerdotes-obreros) sea puesto en tela de juicio. La Iglesia es juez de ello. Sin embargo, es necesario saber que, desde el punto de vista humano, es nuestra última esperanza la que está en proceso de desaparecer. Hay que medir muy bien las consecuencias de este naufragio.

"Ante todo, significaría un profundo descorazonamiento no sólo para los medios obreros sino en todas las clases de la nación. ¡Cuántos intelectuales católicos, cuántos incrédulos inclusive seguían con una inmensa simpatía este audaz intento! En adelante se tendrá la tentación de decir: —¡No hay nada que hacer! El abismo es demasiado profundo. El cristianismo no es capaz de alcanzar el mundo obrero! Otros, que persiguen fines políticos, se regocijan al ver que se turba y desmoraliza esa clase obrera que busca debilitar por todos los medios. Otros deducirán argumentos contra la Iglesia y transformarán ese apostolado heroico en un arma contra ella. *L'Humanité* no ha perdido su tiempo y el 17 de Septiembre escribía: "Los sacerdotes obreros han sido llevados al planteamiento de cuestiones poco compatibles con los intereses del gran capital, del que la jerarquía católica es fiel apoyo". Otros, en fin, que ven doquiera las que llaman segundas intenciones políticas de la Iglesia, no dejarán de re-

lacionar esta supresión (si ella tiene lugar) con la presente coyuntura política. Evocarán la evolución reaccionaria de los gobiernos europeos, el concordato español (cuyo alcance real ignoran) y tantos otros acontecimientos que pondrán de muestra aunque nada ten-

gan que ver con el asunto en cuestión. Es la eficacia apostólica del sacerdocio lo que está en juego. Ello concierne a lo más íntimo que tiene la Iglesia y nadie podría juzgar este asunto en su lugar".

EL APOSTOLADO DE LOS SACERDOTES OBREROS

Por GEORGES HOURDIN

Los sacerdotes obreros merecen algo mejor que una oposición embozada y carente de simpatía o ser objeto de reportajes improvisados. Estos hombres, especializados en el silencio, en la fatiga física y en la más extremada pobreza, y a quienes pronto tal vez se les pida el más duro renunciamiento, el que no se ha optado consentir, tienen, según parece, derecho a todos los honores de la guerra, pues saben batirse, en forma obscura y obstinada, contra la injusticia, la incomprensión y el mal. La tarea que ya han realizado es grande. Aunque todos no hayan sabido vencer siempre y en todas partes, los riesgos que se habían comprometido arrostrar, por lo menos los han elegido deliberadamente con las intenciones más puras y más sacerdotales. Es preciso que reconozcamos esto, pues es raro en nuestra época sedienta de goces y de seguridad.

REPROCHES MAL FUNDADOS

Los reproches que a veces se les han hecho a los sacerdotes obreros nos parecen mal fundados. Se ha hablado, por ejemplo, de **contaminación marxista**. Todos aquéllos a quienes hemos tenido el honor de conocer poseen una creencia en Dios casi tangible que permanece continuamente actuante. Es ella, por lo demás, la que les da valor para proseguir la vida agotadora que llevan. La existencia de esta fe resplandeciente en el centro de sus vidas basta para hacer volar en astillas la doctrina marxista, cuando aparece en su camino y para protegerlos de toda contaminación duradera. Se ha hablado igualmente de desfallecimientos carnales y recordado con claras alusiones el caso de aquellos que, abandonando a la iglesia, se han casado. Este abandono de un voto de castidad hecho en seminarios, que por lo demás están muy cerrados al

mundo, sólo ha ocurrido un pequeño número y en circunstancias complejas en que el quebranto apostólico triunfaba la mayoría de las veces. Era por lo demás inevitable que esto se produjera en cierto sentido. Cuando se lanza a los hombres en plena batalla haciéndoles abandonar las trincheras (sotanas, ama de llaves de cierta edad y vida comunitaria) tras las cuales acostumbraban ampararse, se comprende que algunos de ellos hayan sucumbido. Si hubiera que establecer porcentajes de sacerdotes casados veríamos que entre ellos los cifras no resultarían más elevadas que entre los sacerdotes seculares.

Además se les ha puesto al resto de la Iglesia. He ahí algo que para ellos ha representado un gran riesgo, ya que al tomar en serio su papel y al descubrir la fuerza de la solidaridad de grupo y las virtudes de la fraternidad, se encuentran perplejos en determinados momentos de las circunstancias históricas presentes para conciliar su fidelidad a la Iglesia con lo que creen deber aportar al movimiento obrero. El problema del tipo de vida que deben llevar y la doble fidelidad a la Iglesia y al medio social evangelizado, no es, ciertamente, fácil de resolver, fuera de la teoría, para el clero seglar. Para muchos sacerdotes burgueses o campesinos se encuentra resuelto de hecho por el ambiente capitalista en que evolucionamos. Sin embargo, para los sacerdotes obreros se ha agravado en forma singular por la circunstancia de que a menudo se han sentido, indudablemente sin razón, desechados del **mundo católico** por los fieles tradicionalistas por haber tratado de encontrar el camino de la más franca evangelización; esto les ha llevado a tomar ciertas actitudes aparentemente desconcertantes.

Asimismo, el riesgo incuestionable de adoptar la teoría histórica de la lucha de clases, de hacer cierta política sindical y de preferir al parecer la fraternidad obrera a la fraternidad humana, tampoco es fácil de evitar sino en teoría. Sólo para la gente bien alojada, bien vestida y con dinero se pre-

(*) Primero de una serie de artículos aparecidos en "Le Monde", traducidos especialmente para "Política y Espíritu" y que publicaremos sucesivamente.

senta la sociedad humana como un mecanismo armonioso dentro del cual las clases sociales pueden colaborar ideal y fácilmente. Cuando se vive en definitiva con los pobres y los humillados, cuando se pasa, no digo al otro lado de la barricada, sino cuando se atraviesa la barrera, cuando se conoce definitivamente el hambre, el frío y la incertidumbre del alojamiento, cuando se sufre la injusticia, la perspectiva cambia en forma súbita. Parece entonces que uno también sufre la lucha de clases, que ésta es inevitable y real, que uno es el oprimido y que es preciso que cese esta opresión para que los hombres puedan después tener la oportunidad de llegar a ser verdaderamente hermanos.

Hace diez años que los sacerdotes obreros se mantienen en esta experiencia por cierto difícil, que despierta admiración, pues en un mundo basado en el confort y en el dinero, ellos han elegido la fatiga, las preocupaciones, la humillación y la pobreza y las han compartido en forma verdadera con sus hermanos más desamparados. Es posible que la Iglesia les pida un compás de espera y es probable que organice las instituciones de que ellos dependen y que por fin les dé un estatuto, pues hasta aquí han vivido en la improvisación que acompaña inevitablemente todas las fundaciones de esta naturaleza. Es imposible pensar que renuncie a su apostolado, porque eso sería negar veinte años de historia. Por otra parte la Iglesia es muy grande; lleva en su tradición y en la memoria de aquéllos que la representan demasiado preciso el recuerdo de esos períodos difíciles en que para evitar el cisma ha tenido que asegurarle a una humanidad transformada la renovación del eterno suministró espiritual; por eso estamos ciertos de que tratará con amor y dignidad a aquéllos que se encuentran hoy día entre los más gloriosos de sus hijos.

Sea como fuere, el problema misional, el problema de la incredulidad del mundo, que invade cada día más y con una rapidez sin igual hasta nuestros viejos países cristianos, seguirá brutalmente planteado, y otros hombres pertenecientes a todas las iglesias continuarán buscando, si no una solución definitiva, por lo menos un medio eficaz para afrontarlo. Se puede refrenar una experiencia. No se suprime un problema, tanto más cuanto que se trata de un problema considerable. Habría sido ciertamente preferible guardar silencio ante el drama de los sacerdotes obreros en Francia. Ya que el silencio se ha roto, bueno sería mostrar, aunque sea en forma rápida, la verdadera dimensión del debate y no tratar de someterlo al nivel de nues-

tros intereses y de nuestras pasiones. Este drama religioso no se circunscribe a los solos límites de la experiencia obrera o misional hecha por algunos centenares de sacerdotes. Alcanza con profundidad creciente a los fieles de la Iglesia de Francia. Es el drama de la caridad que en el impulso que la precipita hacia los incrédulos y los pobres, se detiene de pronto estupefacta porque descubre que en parte es inútil, incompleta o irrisoria si no apela al mismo tiempo a las más duras virtudes de la justicia social. Este descubrimiento de la alianza necesaria entre la justicia y la caridad no se ha hecho en un día. Quienes lo merecían supieron pagarlo en su precio.

ALGUNOS EJEMPLOS

Conozco un sacerdote obrero, hijo de obrero, que se hospeda en una casa de pensión en París. Comparte a menudo su pieza con los Norteafricanos del barrio. Hago mal en decir que la comparte, pues la cede a una madre con su niño para ir a acampar. Dios sabe adónde, después de emplear sus horas de descanso en enseñar el catecismo a los adultos que quieren bautizarse; de dedicar sus noches a los debates políticos o sociales, a las campañas en favor de la paz, después de decir misa todas las noches en su pieza y partir cada mañana a las 7 a la luz incierta de las calles parisienses. No hace mucho tiempo que este sacerdote llevó a catorce obreros en peregrinación por el camino que conduce a la catedral de Chartres y pasó los quince días de vacaciones pagadas a que tiene derecho dirigiendo un campamento de montaña adonde había llevado a las familias de numerosos camaradas, desde las abuelas hasta los niños pequeños. Es un hombre sencillo, recto, firme y con una maravillosa aptitud para tratar en el mismo tono a los novelistas célebres; a los líderes políticos, a los hombres con quienes trabaja o a los ancianos de un asilo. Para él, en verdad, sin afectación y sin que se esfuerce, un hombre vale tanto como otro, exacta, estrictamente. Todos merecen ser salvados. Todos merecen ser tratados con justicia...

En los suburbios de una gran ciudad conozco a un sacerdote obrero, tiene los dos pies muy bien asentados en el suelo, es de espaldas anchas y de cabellos rizados que a cada instante se sublevan penetrados por todos los vientos de la caridad. Vive en el fondo de un patio. Se empuja una puerta cochera y es allí, a la izquierda, donde una muchacha rubia y alta, que hace de secretaria y de portera os acoge al mismo tiempo que se percibe un agradable olor a comida. El sacerdote compar-

te las pocas habitaciones que ha alquilado con todos los necesitados, pronto siempre a acoger al hermano que la Providencia le envía. Ha creado en este barrio, en plena masa popular e impulsado por una especie de carisma, una parroquia de tipo nuevo, muy difícil de describir, que por el amor a Dios recuerda a Ars o, a pesar de la falta de sol, a Asís por las risas y el manar incesante de la invención caritativa. Este sacerdote se halla rodeado del respeto de todos, y sé de un militante comunista, endurecido y sincero, que viene a verlo en las noches, cuando la necesidad de Dios lo atormenta, como ocurre a todo ser humano, para pedirle que le ayude a rezar. Gracias a la presencia caritativa de este sacerdote y a su genio religioso, poco a poco han caído los prejuicios que separaban de la Iglesia a miles de hombres y mujeres. Se ha establecido entre ellos una fraternidad que cada año les hace realizar gestos magníficos de ayuda mutua. Como este sacerdote posee verdaderamente una gran elevación humana y espiritual, los intelectuales van a verlo atraídos por la leyenda que empieza a rodearlo y por la lectura de los libros conmovedores que ha escrito sobre la pobreza. A su lado y gracias a él descubren el mundo de los desheredados, ese mundo que es simplemente el revés del nuestro, y los problemas de justicia que plantea.

Existen muchos otros sacerdotes y religiosos obreros. Uno de ellos, Michel Favreau, murió trabajando en los muelles del puerto de Bordeaux. Algunos se hallan agrupados en las represas, en el sudeste de Francia, por ejemplo. Allí comparten la vida, las estrecheces, y las esperanzas de la mano de obra mal pagada del mediodía, encerrados a veces en acantonamientos que se hacen estrechos. Otros viven en los Campos del Sena, del Marne y del Creuse, dondequiera que la impiedad y la ausencia de sacerdotes exigen misioneros. Trabajan los campos en las granjas, ya arrancan betarragas o comienzan las labores del otoño. Experimentan en todo su cuerpo la fatiga y a veces la miseria de los asalariados de los grandes campos de cultivo.

En el sótano de un edificio de arrabal trabajan los sacerdotes obreros en una verdadera faena de castores. Se les encuentra en las fábricas, en las minas del norte y del este; están en las fábricas de automóviles cerca de París y en los laboratorios de investigación científica, se encuentran dondequiera que haya incrédulos agrupados en gran número en un sector autónomo de vida. Estos nuevos apóstoles están rodeados de laicos empeñados a su lado en la misma aventura. Los militantes obreros aprecian su presencia. Muchas parroquias popula-

res se han transformado gracias a ellos en París, Lyon, Lille y Marsella, porque gracias a ellos no se han cortado los puentes a pesar de la diferencia de método entre los sacerdotes obreros y los otros sacerdotes del clero. En esta avanzada misional de la Iglesia de Francia cada uno sacaba provecho de las experiencias de su vecino. Si algunos sacerdotes obreros adoptaron a veces posiciones sindicalistas o políticas que causaron asombro y escándalo, y que además no parecían ser obligatoriamente ligadas a su apostolado, se debe a que la miseria que descubrieron al ir un día a vivir a las fábricas, en los campos, en los barcos o en los puertos no les ha parecido al experimentarla ser absolutamente irremediable, sino que susceptible de ser aliviada por la caridad individual y sobre todo por la exigencia sin reservas de la justicia colectiva. Sólo ella, por lo menos así lo piensan, al crear nuevas instituciones y al transformar las estructuras, permitiría en efecto dar a algunos condiciones de vida diferentes, humanas y decentes, sin cuya existencia es a menudo inútil tratar de luchar contra las culpas de los hombres.

Es demasiado prematuro exponer en detalle la naturaleza y la extensión de los problemas a que los sacerdotes obreros se encuentran hoy magnífica y trágicamente abocados. Sin embargo es preciso comprender que su experiencia no ha nacido por un fenómeno de generación espontánea, que el término con que se les designa es equivoco, y que si se han lanzado a la acción en 1944, al despertar del S.T.O., (*) de los campos de prisioneros y de las luchas de resistencia, es porque desde hace cincuenta años otros cristianos se habían preocupado antes que ellos de justicia social y poco a poco habían adquirido conciencia del terrible problema que presentaba a la Iglesia la descristianización. La experiencia de los sacerdotes obreros está así ligada a veinticinco años de Historia. Es hoy día un capítulo esencial del renacimiento religioso en Francia.

Mostraremos más adelante a grandes rasgos el clima sociológico y espiritual en que ha nacido esta experiencia, las instituciones religiosas que la sostiene y el florecimiento de las empresas apostólicas que la rodean y del cual es difícil, por no decir imposible, separarla.

(*) Servicio del Trabajo Obligatorio.



UNA ECONOMIA HUMANA

Pocas disertaciones tan reflexivas y sugerentes como la que acaba de hacer Eduardo Frei con motivo del XXX aniversario de la Fundación de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Católica. (*) Es necesario volver una y otra vez sobre las indicaciones que el senador falangista formula allí. Sin polémica, sin arrogancia, con un cierto sentido de modestia comprensiva ante la magnitud del problema económico y una enorme capacidad de síntesis frente a los hechos y las teorías, Eduardo Frei ha planteado de modo nuevo una serie de problemas básicos.

Si dejamos de mano todo lo que se refiere a criterios doctrinales, a cuyo respecto sería interesante tener siempre presente las ideas o sugerencias del conferencista, mencionemos solamente la indicación sobre nuevas formas de acceso del trabajador a la propiedad del capital. Lo importante aquí es que se trata de incorporar a éste al proceso de capitalización, "fundamento del progreso económico, condición de estabilidad para el propio trabajador y la única forma de ofrecerle posibilidades de elevar su standard de vida".

Frei sugiere aquí un vasto movimiento constructivo, cuyas etapas podrían ser planeadas y que recogen los aspectos negativos y positivos de la actual polémica entre liberales y socialistas. Sin duda que ello exigirá "un esfuerzo de imaginación creadora" que permita zafarse de los pre conceptos teóricos y penetrar tanto la realidad presente como la futura.

Queremos asimismo llamar la atención hacia sus reflexiones concretas en torno al problema de la reforma agraria. Lo que más nos importa allí es que Eduardo Frei ha entrado un poco en aquello que los economistas chilenos sólo muy raras veces hacen: el sentido del desarrollo económico nacional. Con frecuencia, se oye hablar de medidas de todo orden, pero el país no tiene jamás una visión clara de las etapas que debe recorrer. ¿Porque se impone la necesidad de reforma agraria? ¿Qué lugar ocupa ésta en el desarrollo del país? ¿Cuáles son las relaciones entre la agricultura, la industria y la minería? ¿Cómo se ha de concordar las etapas de unas y otras, a fin de dar al país la con-

ciencia de una marcha progresiva, meditada, con objetivos precisos a largo y corto plazo?

He aquí un párrafo de la conferencia de Eduardo Frei que sugiere muchas cosas al respecto y que está dentro del tipo de pensamiento económico más digno de ser desenvuelto y aplicado:

"El país vive en tres tiempos en cuanto a la organización del trabajo: el sistema de la minería, el de la industria y el agrícola. Los dos primeros corresponden a formas contemporáneas de organización y técnica productiva y el tercero a una organización arcaica y en general a una técnica también retrasada, por las condiciones de su organización... ¿Puede subsistir esta antinomia, desde un punto de vista puramente económico? ¿En qué se traduce esta desproporción?"

"A nuestro juicio en algo muy simple: dentro del país ocurre lo que entre dos países, uno de alto y otro de retrasado ritmo económico: el primero explota al segundo. En este caso, el capitalista y el obrero industrial o minero, cobran un precio por su producto y reciben, en consecuencia, una renta y un standard superior al campesino... Este no es solo un problema del campesinado, sino de desarrollo de la economía nacional".

¿Quién podría dudarle? Hay allí nos parece toda una perspectiva posible y además una explicación sobre los antagonismos sociales que dividen a los distintos sectores. Nada sería más provechoso que continuar una línea semejante de pensamiento y de acción.

UN DEBATE ENTRE FANATICOS

No hace mucho la Cámara de Diputados celebró una agitada sesión con el objeto de tratar el problema de las persecuciones anti-religiosas en los países comunistas.

Hablaron varios diputados. Dos de ellos de derecha, uno agrario laborista, otro falangista, otro ex-conservador y por último uno del Frente del Pueblo. Radicales y socialistas mantuvieron su su costumbre de no protestar ni decir nada cuando los "derechos del hombre" han sido violados en la persona de representantes eclesiásticos.

No puede decirse, por desgracia, que el debate fué llevado al nivel que correspondía.

El señor Ríos, tradicionalista, habló de Polonia y redujo en forma demasiado simplista el proble-

(*) Publicada en Política y Espíritu N° 103.

ma. Para él, todo no pasa de ser una lucha entre el crimen y la esclavitud, por una parte, y la libertad, la religión y la civilización, por la otra.

Inútil nos parece decir que tales planteamientos confunden una multitud de problemas y deforman la realidad. Todo lo que pueda haber de verdadero en uno de los lados aparece reducido a una mera fraseología sin valor.

El señor Errázuriz, liberal, sin mucho que decir, se limitó a usar la retórica.

El señor de la Fuente, agrario laborista, habló con mayor seriedad sobre el caso yugoeslavo y dió a conocer una multitud de datos sobre la situación en ese país. Sobre todo trató de mostrar la contradicción habitual entre lo que sucede en realidad y la argumentación oficial de los Gobiernos respectivos.

El señor Rosende, sin partido, buscó ciertas analogías históricas y se detuvo especialmente en la persecución del catolicismo polaco.

Las afirmaciones tajantes y apasionadas de los parlamentarios que acabamos de mencionar fueron interrumpidas por las breves, pero precisas observaciones del falangista señor Carmona, quien dejó establecidos los dos hechos dominantes del problema: la existencia misma de la persecución y el nacimiento de un orden social de vastas proyecciones en los países comunistas, algunos de cuyos rasgos no pueden sino tener una trascendencia importante para todo desarrollo futuro.

El señor González, frentista, fué el último en hablar y el único que trató de desvirtuar las tesis de sus colegas.

Su alegato tuvo el característico estilo con que los comunistas defienden a rajatabla sus posiciones. Obligado a pronunciarse sobre hechos concretos, públicamente conocidos, se limitó a negar en general su efectividad y a desviar el problema. En efecto, insistió sobre la favorable situación de la Iglesia Católica en Polonia. Según él, existe libertad de cultos, de enseñanza, de prensa, etc. Si sus palabras fuesen efectivas, sería preciso pensar que las discrepancias entre el Estado y la Iglesia se deben únicamente a tozudez de esta última. Más aún, esa tozudez sería inexplicable, puesto que el Gobierno estaría tratando de fomentar la difusión del catolicismo hasta el punto de colocarlo en situación casi privilegiada. Nos ocuparemos en otra oportunidad del asunto. Digamos aquí solamente que dos observaciones parecen echar por tierra una buena parte de lo que el señor González dejó sentado:

Primera: la circunstancia de que los comunistas insisten sobre el carácter reaccionario de las auto-

ridades católicas. ¿Por qué, pues se habrían de omitir, respecto de ellas, las medidas tomadas contra todos los elementos reaccionarios? El señor González no tiene razón alguna para negar hechos lógicos dentro de la propia tesis que adopta.

Segundo: su dogmatismo para apreciar las cosas. Este se revela, desde luego, en un incidente acerca de la revista "Estudios sobre el Comunismo". El Diputado del Frente del Pueblo afirmó de ella textualmente: "tengo conocimiento de que se edita con fondos de la Embajada americana".

Por nuestra parte sabemos que la majadería comunista no tiene límites. ¿Podría el señor González indicar en que se basa su "conocimiento"? ¿Podría darse cuenta de que es inmoral lanzar suposiciones de tendencia injuriosa sólo porque no se está de acuerdo con alguien?

Si agregamos que los derechistas, a fuerza de interrupciones y de gritos, no dejaron al diputado del Frente del Pueblo desarrollar sus observaciones, llegaremos fácilmente a la conclusión de que las palabras objetivas y serias del señor Carmona, o los datos proporcionados por uno u otro, no bastaron para dar al debate el carácter orientador que pudo haber tenido. En el fondo fué más que nada una controversia entre sectarios.

OTRA VEZ LA "ORTODOXIA"

Allí mismo una nueva perla del doctrinarismo tradicionalista.

El proyecto de acuerdo, aprobado en definitiva por la Cámara y presentado por el señor Ríos, del PCT, decía lo siguiente en sus considerandos:

"Que nuestra Carta fundamental establece la libertad de expresión y de cultos para todas las creencias religiosas, principio que está consagrado en todas las constituciones políticas de los países occidentales;

"Que para **mantener la fraternidad** entre los pueblos del mundo deben ser respetadas las **libertades de conciencia, de expresión y de cultos**".

¡Cuan heréticas palabras! Según hemos dicho varias veces, tales conceptos son los que se usan para señalar el carácter heterodoxo de filósofos o políticos social cristianos. El señor Ríos, sin embargo, y toda la grey tradicionalista, redactora del proyecto, no paró mientes en ello. No hubo un caritativo editorialista de El Diario Ilustrado que les recordara las palabras clásicas. Nada de "servidumbre del alma envilecida por el pecado", nada de "pestilencia la más mortífera del entendimiento". ¡No, nada de eso! ¡Solamente la libertad, el "libre ejercicio de todos los cultos", el "tabernáculo sagrado" de la libertad de conciencia, etc.

Sin embargo, esperad... Esperad que se presente la ocasión. Con otras caras o con las mismas, el tradicionalismo, bien amparado por la Constitución chilena, lanzará de nuevo sus acusaciones de cos-

tumbre. Volverán, sin duda, a tomar las "armas de la verdad" en la mano. ¡Todo depende de lo objetivos inmediatos que se hallen en tabla!

Los LIBROS

La Civilización puesta a prueba por Arnold J. Toynbee.—Colección Grandes Ensayistas, Emecé Editores. — Bs. Aires, 1952

Este libro de Arnold J. Toynbee —cuyo monumental "Estudio de la Historia" espera en mi mesa de trabajo el tiempo y la calma indispensables para penetrarlo y reducirlo a fórmulas particulares— está formado por una veintena de ensayos escritos en distintas fechas y sobre diversos temas. La variedad de éstos y la sólida estructura doctrinaria del autor, lo convierten prácticamente en una visión panorámica de su pensamiento, vertido a propósito de los temas más substanciosos y resueltos en una prosa altamente dinámica y particularmente atractiva.

La notable gravitación que desde años ejerce sobre historiadores y filósofos de todo el mundo queda plenamente justificada, al menos para mí, al avanzar no más en la lectura del primer ensayo: **Mi Visión de la Historia**. Quiero agregar todavía que, al cerrar el libro, el lector tiene la impresión de haber sido llevado a través de las edades por un incomparable cicerone, el cual, excediendo su obligación, le ha facilitado claves de sorprendente luminosidad para interpretar los episodios del pasado, situarse entre los del presente y procurarse una configuración del futuro bastante satisfactoria.

La gravitación que en su momento ejerció O. Spengler sobre la intelectualidad, particularmente a partir de la publicación de su famosa y tan afortunada **Decadencia de Occidente**, fué más un fenómeno literario que filosófico. Es verdad que su definición de lo fáustico y lo apolíneo enriqueció para siempre el lenguaje y que tiene, además, otros méritos insígnies en la historia del pensamiento, pero su genio histórico, capaz de tan alucinantes evocaciones, sucumbió a la tentación de una concepción de la historia misma y del destino de la humanidad que estaban apenas en la superficie de su mundo real, fuertemente influenciado por la post-guerra 1914/18.

Su teoría cíclica de las civilizaciones era mezquina además de errónea, según todo permite asegurarlo ahora. Su determinismo, negativo respecto del proceso en que nosotros estamos involucrados, se fundó en una limitación torturante e inaceptable del destino humano y de la función de las civilizaciones. Para Spengler, como se sabe, las civilizaciones nacen, viven y mueren. En tal caso, los paralelismos históricos, en que él lucía un arte de verdadero prestidigitador, sólo servían para descubrir los turbios ríos por donde agonizábamos, sin remedio, ineluctablemente.

Arnold J. Toynbee tiene con Spengler un visible paren-



Alejandro Vicuña, autor de varias excelentes biografías, confirma sus excepcionales dote de biógrafo con su "*Pablo de Tarso, libertador del cristianismo*" que acaba de aparecer bajo el sello de Ediciones Paulinas.



Los amantes de los relatos de caza tienen una buena oportunidad en el libro de José María Oriol sobre sus cacerías en las selvas de Tanganyika. Leones, rinocerontes, búfalos, antílopes, leopardos eran los objetivos de la expedición. Los cazadores obtuvieron trofeos, como dicen ellos, de cada una de estas especies salvajes.

El relato está hecho de un modo sencillo y con modestia. Numerosas fotografías muestran diversos episodios de la cacería.

Una excelente impresión de la Editorial Juventud de Barcelona hace muy agradable la lectura.



tesco en el método y en la tendencia a tomar como unidades históricas a estadios más vastos del quehacer humano. El inglés va más allá del límite que se autoimpuso el alemán: no le bastan siquiera las civilizaciones, reclama en primer plano la arquitectura superior de las religiones. De allí parte para unificar el campo histórico, arrojando sobre él una luz singularmente distinta, que da como resultado una tabla completamente revolucionaria de las categorías. Si la civilización deviene así una "provincia" en el conjunto de la historia, júzguese a qué se reduce la lastimosa vanidad de cualquier Estado de la tierra.

Digamos ya que para Arnold J. Toynbee las 21 civilizaciones conocidas en los 6.000 años de edad que acusa la vida humana más o menos organizada significan en conjunto el primer esfuerzo (y ún levisimo pestañeo en el tiempo) para alcanzar un orden social superior. El primer prejuicio que debe caer es el de las divisiones temporales: todas las civilizaciones conocidas son contemporáneas entre sí, son obra del mismo impulso, no resuelto todavía en cosa distinta. Piensa también que la historia de la humanidad hasta el presente, a causa de su brevedad, no podría ser representada a escala en una carta donde se la relacionara con la historia de la vida en el planeta y de éste en el universo sideral.

Todos los acontecimientos históricos de que tenemos noticias, no importa en qué época o lugar hayan ocurrido, nos conciernen directamente, al menos en cuanto se vinculan inexorablemente con el flujo y reflujo de las religiones, que para el caso ofician de superestructurase de las civilizaciones. La consecuencia inmediata de este casi increíble enfoque de la historia consiste justamente en la eliminación de los falsos valores históricos. Y cuando decimos esto debemos aperecibirnos de que, para seguir a Toynbee, debemos considerar así a todo cuanto se nos han enseñado hasta ahora... o poco menos.

Su pensamiento es profundamente espiritualista y formalmente cristiano. En tal sentido, su obra concurre al esfuerzo de tantos otros pensadores de nuestros días que dirigen su mirada hacia las fuentes primigenias del espíritu y concretamente hacia la misma religión católica en busca de las soluciones trascendentes que reclama nuestro mundo cotidiano. Al describir a las civilizaciones como instrumentos de la voluntad divina de lograr una sociedad humana más perfecta por el imperio de los valores espirituales, se coloca en una línea estrechamente paralela con Alexis Carrel y particularmente con Lecomte du Noüy, quien postula que toda la formidable obra de la evolución de las especies es solamente el instrumento de que se ha valido y se vale Dios para obtener al Hombre y llevarlo luego a su más alto destino espiritual.

Quisiera decir también que su reclamo de una visión unificada de la historia y su comprobación de la rápida e inevitable unificación del mundo habitado, traen a la memoria la teoría del campo unificado de Einstein y la de la unidad material del hombre con el cosmos, de Alexis Carrel, tentativas todas, deliberadas o no, de reconciliar al hombre con su origen y con su naturaleza, a fin de conducirlo a la libertad por



La literatura jurídica chilena, ya rica y abundante, se ha visto enriquecida con la obra de dos distinguidos profesores de Derecho Civil: "*Reformas Introducidas al Código Civil por la Ley N° 10.271*" de Lorenzo de la Maza R. y Hernán Larraín Ríos. Es éste el primer estudio sistemático y completo de las reformas introducidas por la Ley N° 10.271 a nuestra legislación civil, en materias tan importantes como la filiación, la administración de la sociedad conyugal, la distribución de la herencia, etc. Publicada por la Editorial Del Pacífico S. A., esta obra satisfará una sentida necesidad de estudiantes, abogados y estudiosos de nuestra legislación.



Bajo el sello de la Editorial Emecé de Buenos Aires en la Colección Grandes Ensayistas, se ha publicado la notable obra de Thierry Maulnier "*Comunismo y miedo*", que presenta una pintura dramática de un mundo que vive bajo el signo de un doble terror: el que impera en el Estado policial moderno, y aquel otro invisible, pero no menos verdadero, engendrado por la posibilidad de la guerra atómica. Un libro apasionante sobre uno de los aspectos más oscuros y trágicos de la civilización moderna.



el camino de la obediencia a las leyes verdaderas que concier-
nen a su singular condición humana, que supone necesaria-
mente sus indisolubles vínculos con la divinidad, y las con-
siguientes responsabilidades temporales.

Hay otro nombre que en esta rápida relación quiero es-
cribir con el más profundo respeto por sus laboriosas aporta-
ciones al estudio de la historia, concebida ésta con criterio di-
námico e intención noblemente política: me refiero a Pitirim
A. Sorokin, autor de una obra respetable: **La crisis de Nuestra
Era**, donde desarrolla a su vez una particular interpretación
del curso de las civilizaciones, reconociendo en éstas, para la
síntesis de su propia elaboración intelectual, tres tipos: la ideo-
lógica, fundada sobre un esquema precisamente ideológico, que
sería la cristiana y católica; la sensorial que la ha interferido
a partir de la Edad Media hasta nuestros días y la idealista
que, su entender, seguiría a la actual para formular una sín-
tesis feliz de las anteriores. Según este pensador de origen ru-
so radicado de antiguo en Inglaterra, vivimos actualmente las
turbulenta época de la transición entre una civilización y otra.
Siendo sus conclusiones y premisas más discutibles, su análi-
sis de los hechos históricos y su penetrante observación de la
crisis de nuestro tiempo hacen de su obra una fuente inapre-
ciable de hondas sugestiones y sorprendentes revelaciones.

Vuelvo a Toynbee para expresar que sus escritos incitan,
párrafo a párrafo, a participar de la historia, a convertirnos
en elementos de la historia, a la que vamos descubriendo nece-
sitada en nuestros días a través de las proposiciones del escri-
tor inglés de las muchas voluntades que son necesarias para
hacer girar su pesada rueda en la dirección reclamada por las
más altas y limpias aspiraciones que pueden corresponder a
dignificar al género humano.

Desde este punto de vista, yo diría que uno de los méritos
principales de este historiador es su condición de militante
(no me parece apropiada para el caso la designación de "com-
prometido" que es usual en nuestros días) en la pugna que
envuelve a su tiempo. Es claro que la suya es una militancia
singularmente esclarecida, fundada en la más asombrosa ca-
pacidad de síntesis histórica y en la más lúcida interpretación
de sus signos y sus mensajes.

Josefina de Wiche



Margaret Millar se dió a conocer al público adepto a novelas policiales y de misterio con su libro "Pagarás con maldad" que fuera publicado en español por la Editorial Emecé, en la Colección "El Séptimo Círculo". Esta nos presenta ahora "Las rejas de hierro", una extraña y fascinante novela que confirma a "Margaret Millar como una notable cultora de este género literario.



"Fuego del Cielo" de Pierre Closterman, editado por la casa Emecé de Buenos Aires, es un libro que cautivará a los aficionados a las narraciones de guerra. El autor, "as" de la Aviación de Francia Libre en la segunda guerra mundial, se revela como un escritor de notable jerarquía. Su libro tiene un interés apasionante que sobrepasa en mucho al de las mejores obras sobre estos temas.





SOCIALISMO Y LIBERALISMO. POSICION DEL PARTIDO SOCIALISTA POPULAR FRENTE A LA SITUACION NACIONAL

Reproducimos a continuación el texto íntegro del discurso pronunciado en el Senado de la República, en sesión del día 20 de Octubre de 1953, por el senador socialista-popular don Eugenio González, por estimarlo de gran categoría e interés, y pese a que en algunas materias se sostengan criterios y puntos de vista que no coinciden con los sustentados por esta revista.

LA POLITICA Y EL DIALOGO

Señor Presidente, la política democrática supone un diálogo libre y permanente entre el Gobierno y la opinión pública, y al decir Gobierno uso la expresión en un amplio sentido, aplicándola al conjunto de los Poderes del Estado. Todo diálogo para ser fecundo —en este caso, efectivamente orientador— obliga a una previa definición de los conceptos y a un honrado planteamiento de los problemas en relación con los cuales se promueve el intercambio de las opiniones y se definen las tendencias de los grupos políticos. Gran parte de la confusión que se advierte en amplias esferas de la opinión pública y en el seno del Gobierno resulta acaso de la falta de claridad con que se plantean los problemas nacionales y sus posibles soluciones, y del contenido equivoco de los conceptos al uso en las disputas de los partidos y en las declaraciones oficiales.

Voy a referirme ahora al discurso pronunciado por el Honorable señor Marín en la última sesión de la legislatura ordinaria. Apoyado en un profuso material de referencias históricas, filosóficas, literarias y estadísticas, el Honorable señor Marín —con encomiable esfuerzo para situarse en un nivel de objetividad crítica, que no excluyera la expresión vehemente de sus sinceros ideales— creyó hacer un enjuiciamiento del socialismo para concluir que, como política, ha fracasado donde quiera se lo haya puesto en práctica, porque, como doctrina, sus principios son contrarios a la naturaleza humana y a las leyes económicas. Más todavía, evidentemente complacido al verse interpretado —por un autor que estima valioso, hizo suya esta frase temeraria de Ludwig von Mises: “El socialismo es el destructor de todo lo que pensosamente han creado siglos de civilización”.

Situándolas en una especie de jerarquía lógica, pa-

ra simplificar el asunto, aunque altere la secuencia real en que fueron presentadas, me referiré a las principales aseveraciones hechas por el Honorable señor Marín. Tarea difícil, sin duda. Nuestro Honorable colega dice de varias de sus afirmaciones que “son verdades de Péro Grullo, pero parece difícil luchar contra la mentira adúlona, la ignorancia y la demagogia que se repite a las masas”. Presumo la repugnancia intelectual con que ha debido hacerlas el Honorable señor Marín para cumplir su deber de refutar a los mentirosos, de develar a los aduladores, de iluminar a los ignorantes y de confundir a los demagogos, en cuya oscura cohorte estamos incluidos —a pesar de sus cortesas salvedades— todos los socialistas, contra quienes blandió, con la gallardía de quien se siente campeón de causa justa, argumentos que le parecieran decisivos, tajantes, aptos para hendir cualquiera armadura dialéctica, como hendían las del más duro acero aquellos tremendo espadaones medioevales, contemporáneos de algunas ideas gratas a Su Señoría.

Deteniéndose un momento en medio de su caudalosa exposición de hechos y de ideas, para apartar de antemano con desdeñoso énfasis, cualquiera inconsulta reacción de la ignorancia siempre audaz, se preguntó: “¿Quién podría de buena fe refutar estas afirmaciones, basadas en el abecé de la economía y en experiencias y estadísticas que están a la luz del día?”. Y se respondió, con detonante convicción: “Nadie”. Tiene fe, absoluta fe nuestro estimado colega en la verdad de sus afirmaciones, pero como la niebla del error suele ser tan densa en los espíritus obcecados que no basta para disiparla la luz de una sola inteligencia, por fuerte que ella sea, nos la presentó avalada por autores de distintas épocas y categorías, como Aristóteles y don José María Cifuentes, Macaulay y don Guillermo Subercaseux, Churchill y Martí,

von Mises y Mac-Iver, el Dr. Schacht y Ortega y Gasset, entre otros. Me olvidaba de los Papas León XIII, Pío XI, Pío XII.

Sí, también los Papas. Y entre ellos, Pío XI, el que expresó en "Quadragesimo Anno", entre muchos conceptos orientadores para el pensamiento católico, los siguientes: "Como la unidad del cuerpo social no puede fundarse en la lucha de clases, tampoco la oportuna organización del mundo económico puede dejarse al libre juego de la concurrencia. De este error fundamental, como de fuente empozoñada, nacieron todos los errores de la ciencia económica "individualista", la cual, *desconociendo el carácter social y moral del mundo económico* sostuvo que éste debía ser tratado en absoluto con total independencia de la autoridad pública, ya que su dirección se hallaba en la libre concurrencia de los competidores y por este medio habría de regirse mejor que por la intervención de cualquier entendimiento extraño. Pero la libre concurrencia, aun cuando dentro de ciertos límites es justa y útil a veces, no puede ser en modo alguno la norma reguladora de la vida económica". No es, como puede advertirse, el de Pío XI un pensamiento concordante con las pretensiones del capitalismo individualista, del liberalismo económico.

NUESTRO PUNTO DE VISTA ES HISTORICO

Me permití anticipar, en breve comentario al discurso del Honorable señor Marín, que él, creyendo hacer un análisis exhaustivo, demoledor del socialismo, no se había referido, sin embargo, en su erudita exposición al socialismo. No creo necesario advertir que está lejos de mi ánimo hacer un juego baladí de palabras y de conceptos. Para mayor claridad, empezaré tratando de fijar nuestros respectivos puntos de vista. El de nuestro severo impugnador es dogmático, es decir, se basa en consideraciones abstractas, absolutas, acerca de la condición del hombre y la naturaleza de las cosas; el nuestro es histórico, es decir, se basa en consideraciones realistas, relativas, inspiradas en la experiencia del continuo transcurrir de la vida humana y de las condiciones en que se desarrolla.

El sentido de la historicidad de lo humano, de su esencial temporalidad, tan característico del espíritu de nuestra época, lleva a una interpretación relativista de la cultura en todos sus órdenes: de las ideas y de las instituciones, de las formas del arte y de las modalidades del Estado, de los sistemas filosóficos y de los regímenes políticos, de las creencias religiosas y las categorías económicas.

Toda ideología —bien lo han puesto de relieve

Mannheim y Scheler, entre los contemporáneos, y, antes de ellos, Marx— es producto de una determinada situación histórico-social, como toda política es el resultado de una determinada correlación de las fuerzas y los intereses. Para juzgar, entonces, correctamente una doctrina y una política, hay que "comprenderlas", penetrar en su intimidad viva, aprehender los valores que entrañan, lo que jamás puede conseguirse si se prescinde de las circunstancias en que ellas aparecen. La manera racionalista, abstracta de juzgar las cosas históricas conduce a esas extrañas tergiversaciones a que alude Spengler —autor por el que nuestro colega manifiesta laudable devoción— cuando critica "el culto tributado por el Club de los Jacobinos a Bruto, millonario y usurero, que en nombre de una ideología oligárquica y con aplausos del Senado patrio, apuñaló al hombre de la democracia".

Son frecuentes estas tergiversaciones derivadas de una falta de comprensión histórica. Los ideólogos de la Revolución Francesa y en general, los representantes del racionalismo político, los políticos "metafísicos", como diría Comte, incurren en ellas con atolondrada complacencia. Aplican sus esquemas lógicos y valorativos —que, modestamente, estiman de alcance universal y eterno— a las más disímiles circunstancias para equiparar —valgan los ejemplos por lo repetidos— la democracia antigua a la democracia moderna, con olvido de las bases reales de la una y de la otra, y hablan de la llamada Edad Media, la época de poderosa germinación de la gran cultura de Occidente, como de una época tenebrosa, digna del vilipendio de los espíritus esclarecidos, porque en ella no existieron el régimen parlamentario y la educación de masas.

Sólo para efectos oratorios es comprensible que se califique de "socialistas" a los regímenes de la Esparta de Licurgo, de la Roma de Diocleciano y del Imperio de los Incas. El socialismo no es creación antojadiza de ilusos contumaces, ni de demagogos resentidos, ni de gobernantes arbitrarios, creación que haya podido darse en distintas épocas y en distintas sociedades. El socialismo es un producto natural de la evolución del capitalismo que, a su vez, aparece en la historia de la moderna sociedad occidental. ¿Podría sostenerse seriamente que el capitalismo ha existido siempre, que fueron capitalistas las sociedades antiguas —exceptuando, naturalmente, a la Esparta de Licurgo y a la Roma de Diocleciano, que nuestro Honorable colega califica de "socialistas"—, que el capitalismo es eterno porque él y sólo él se acomoda a la condición del hombre y a la naturaleza de las cosas? No creo que ése pueda ser el pensamiento auténtico de nuestro ilustrado impugnador, porque sería atribuirle una radical incompreensión de la diná-

mica de las sociedades, de las realidades de la historia.

¿ES INMUTABLE LA NATURALEZA HUMANA?

Para justificar su defensa del capitalismo, nuestro Honorable colega ha recurrido, no obstante, a las características de la naturaleza humana, entre las cuales el afán de utilidad, de ganancia, de lucro, el afán egoísta de bienestar individual será el motor insustituible del progreso económico. Me atrevo a pensar que el Honorable Senador por Atacama y Coquimbo ha hecho esta afirmación con secreta tristeza. Porque es una afirmación sobremanera pesimista que contraría crudamente —no me cabe duda— su conciencia de cristiano. ¿Existe una “naturaleza humana” tan inmodificable en su primitivismo ético, ajena al devenir histórico, la misma sean cuales sean las condiciones sociales y culturales? ¿Qué sentido tendría, entonces, el mensaje de superación moral del cristianismo, la voluntad de lucha contra el mal que se afirma en su fe militante? Todo eso entraría en el círculo de las grandes ilusiones generosas que pueden realizarse, acaso, en seres de excepción, alejados del mundo, pero que no tendrán ninguna eficacia en la determinación de actividades colectivas.

¿Es eso lo que piensa nuestro Honorable colega? La historia misma y la evolución social lo desmentirían para regocijo de sus sentimientos de cristiano, en pugna, esta vez, con sus opiniones de político. Con perdón de mis Honorables colegas, por exigencias de mi exposición, también me veo obligado, como el Honorable señor Marín, a repetir cosas demasiado sabidas desde Aristóteles por quienes han estudiado los problemas del hombre. Siendo el hombre un ser social, su vida se define en relación con la de sus semejantes. La sociabilidad esencial del hombre implica la subordinación de sus instintos divergentes a imperativos de conveniencia mutua. Tan radicales son en el hombre los impulsos egoístas como los impulsos altruistas y la prevalencia ulterior de estos últimos es el sentido que tiene —si alguno tiene— la evolución de la sociedad y de cultura. ¿Hemos de rechazar por contrarias a la naturaleza humana las restricciones del derecho penal porque existen impulsos agresivos en el hombre? ¿Hemos de considerar contrarias al “orden natural de las cosas” las exigencias de justicia distributiva del derecho social porque en el hombre existe la codicia, el afán de lucro individual, motor del progreso económico según la escuela clásica?

La tan mentada naturaleza humana no es una entidad intemporal, inmutable; es también, en gran me-

didada al menos, una variable histórica. “La historia entera —escribía Marx, en su conocida crítica a Proudhon— no es más que una constante transformación de la naturaleza humana”. Sobre el fondo de tendencias y disposiciones que la constituyen, se va configurando de diversas maneras, según las circunstancias y las épocas. El individuo como sujeto de derechos y de deberes que colocan en la base de su abstracta sociología los teóricos del liberalismo, ha resultado de un largo y penoso proceso de acumulación de experiencias, de paulatina liberación de presiones naturales y sociales, de lenta diferenciación de conciencias moralmente autónomas en el seno de la conciencia colectiva. El individuo como tal no existe sino por la sociedad. El mismo Adam Smith, en su “Teoría de los sentimientos morales”, para poner de relieve el carácter fundamental de la economía hace ver como el hombre y sus intereses son productos del medio social. Estas son cosas, como he dicho, demasiado sabidas; pero debo reiterarlas, para esclarecer mejor nuestra posición socialista.

SIGNIFICACION DEL LIBERALISMO ECONOMICO

Habló, también, el Honorable señor Marín, del orden natural económico. Entiendo que aludió al concepto de un orden natural económico que tuvieron los fisiócratas y la escuela clásica. Aquí tenemos, entonces, a nuestro estimado colega regodeándose en la compañía prestigiosa, aunque anacrónica, de Quesnay, de Mercier de la Rivière, de Dupont de Nemours, del abate Bandeau, de Turgot y, sobre todo, en la muy reconfortante de Adam Smith, el gran teórico y sistematizador de la ciencia económica. Habría que incluir, en seguida, en este elevado convivio intelectual otras respetables sombras del pasado: David Ricardo y J. B. Say, por ejemplo, y Bastiat, con sus “armonías económicas”. Tal vez, Stuart Mill, que tanta influencia ejerció en los países anglosajones, le parezca a nuestro Honorable colega un tanto temerario y quizás un poco demagógico, cuando en sus “Principios de Economía Política con algunas aplicaciones a la Filosofía Social”, aceptando que las leyes de la producción son naturales, sostiene que las leyes de la distribución, en cambio, caen dentro de la esfera de “control” de la voluntad humana y están sujetas, por lo tanto, a las regulaciones que el interés social establece en cada circunstancia.

¿Qué puede aceptarse, a la luz de la experiencia social y del análisis científico, de las teorías del liberalismo económico? Juzgadas desde el punto de vista nuestro, ellas fueron la expresión “ideológica” de una situación histórica: constituyeron, en el plano inte-

lectual, una impostergable reacción contra las ya caducas concepciones mercantilistas que orientaban la política económica de los modernos Estados nacionales. Eran fórmulas adecuadas para la expansión de las nuevas fuerzas de la economía capitalista y correspondían, además, a tendencias predominantes en el pensamiento científico. El concepto de ley puesto en la base de la interpretación de la naturaleza por la ciencia experimental, en acelerado avance desde Galileo, había de aplicarse, también, a la interpretación de la sociedad, sujeta a exigencias "liberales" por sus energías económicas en desarrollo.

Seguramente, rezagados doctrinarios del mercantilismo —tardíos epígonos de Antonio Serra y de John Locke— estimaron entonces que las reformas propuestas por los "economistas" contrariaban las conveniencias permanentes de los Estados y abrían paso a lamentables perturbaciones del orden; pero, aunque el espíritu de rutina es poderoso elemento de contención que logra retardar y, a veces, torna dramáticas las transformaciones sociales, el movimiento histórico sigue, por último, su curso, de acuerdo con sus leyes propias contra las cuales nada pueden los esfuerzos de los románticos del pasado, ni los sueños de los utopistas del porvenir. Porque —y en esto mi acuerdo con el Honorable señor Marín es completo, lo que me halaga, así como me complace de veras comprobar su aceptación del criterio científico en punto de tanta importancia— la sociedad, como la naturaleza, obedece a leyes, leyes de estructura y de funcionamiento, pero en ningún caso leyes que puedan reducirse a "esquemas mecánicos", como las que expresan las relaciones del mundo físico.

El hombre es un producto de la historia; no obstante, es el hombre quien hace la historia dentro de las condiciones que él mismo va creando en el proceso de la cultura. La economía clásica formuló las leyes del capitalismo y señaló las bases de su desarrollo en la etapa inicial: propiedad privada sobre los medios de producción, amplia libertad en el manejo de las empresas, fomento de la iniciativa individual y de la competencia, limitación de la actividad del Estado al mínimo compatible con la seguridad pública. El bienestar colectivo surgiría como efecto natural del juego libre de los esfuerzos individuales; la armonía económica se lograría espontáneamente, suprimiendo cualquiera ingerencia perturbadora del poder político. Pronto —puede decirse que en cuanto comenzó a difundirse como doctrina y a practicarse como política— el liberalismo económico fué objeto de impugnaciones teóricas y de ataques concretos, en sus bases y en sus consecuencias.

Desde diversos frentes, a lo largo del pasado siglo, se mantuvo la ofensiva polémica contra el liberalismo

económico. Dejo a un lado las críticas al liberalismo político y filosófico que pertenecen a otro orden de consideraciones. La "escuela histórica" rechazó el liberalismo económico —dice Barnes y Becker, en su documentada "Historia del Pensamiento Social"— "porque generalizaba demasiado y tenía una excesiva confianza en la aplicabilidad universal y eterna de sus leyes económicas. Las teorías económicas —sostenía la "escuela histórica"— tienen que cambiar con las alteraciones históricas producidas en la constitución económica de la sociedad". La ofensiva política contra el liberalismo económico fué llevada en Inglaterra, donde con mayor vigor se manifestaba la revolución industrial, por el partido "tory", cuyo desprecio social hacia la nueva clase mercantil, que vulneraba sus tradiciones y sus intereses, encontró la justificación de propósitos humanitarios para sus proyectos legislativos en favor del trabajo de los obreros, las mujeres y los niños en las fábricas.

La deshumanizada concepción de leyes económicas inmutables —que no eran otra cosa, como se ha dicho, que las leyes del gran capitalismo industrial en su fase primera—, leyes en cuyos marcos rígidos quedarían sofocadas exigencias fundamentales de la conciencia moral, hubo de provocar también el rechazo de eminentes representantes del poder espiritual: sacerdotes de las iglesias cristianas, pensadores y maestros, escritores y artistas, de orientaciones ideológicas dispares, pero concordantes todos en la estimación de la dignidad humana. El señor Marín ha citado a Macaulay, en apoyo de su tesis. Admiro los ensayos políticos y biográficos de Macaulay, la elevación de su estilo que linda a menudo con lo majestuoso, pero, como intérprete de la nueva época y de sus angustiosos problemas, prefiero entre los ingleses a Carlyle, por su patético repudio del sórdido utilitarismo de la sociedad industrial, a Ruskin, por su visionario idealismo imbuído de afanes de belleza, a Dickens, por su generosa y comunicativa simpatía humana.

Pero la gran reacción contra los males del industrialismo capitalista tenía que producirse en las masas obreras que el nuevo régimen económico condenaba —en razón de las "inflexibles" leyes de la producción y el intercambio de la riqueza— a una situación en muchos aspectos más terrible que la del esclavo antiguo y la del siervo medioeval. A lo largo del siglo XIX, sobre todo a partir de la Revolución de 1848, se suceden los movimientos obreros, se constituyen grandes organizaciones sindicales y aparecen los partidos socialistas. El socialismo va definiendo una doctrina cada vez más orgánica frente al individualismo económico de la burguesía liberal y, conjuntamente, se robustece como fuerza política que tiende al perfeccionamiento del sistema democrático.

LIBERALISMO POLITICO Y SOCIALISMO DEMOCRATICO

Dije en mi breve comentario al discurso del señor Marín —y a más de alguien tal vez pareció antojada— paradoja— que no es había referido precisamente al socialismo, y agregué que en varias afirmaciones hechas por él desde su punto de vista liberal, podríamos concordar nosotros desde nuestro punto de vista socialista. Debo intentar probarlo. Al hacerlo, tendré ocasión de reiterar —del modo más sintético que me sea posible para no abusar demasiado de la paciencia de mis Honorables colegas— los fundamentos de nuestra doctrina y las orientaciones de nuestra política. He de referirme, primero, a algo que expresó el señor Marín en el comienzo de su disertación y que me parece de mucha importancia.

“Quiero partir de la base —dijo— de que al dar a los hombres mayores beneficios materiales no se le arrebatan los beneficios morales que ha alcanzado la humanidad en su marcha ascendente. No se concibe satisfacción material alguna sin libertad”. Y, reforzando el concepto, añadió una cita primorosa: “El pájaro prefiere la libertad a la jaula de oro”.

¿Quién, sin ser un retrógrado obstuvo, de frágil conciencia moral, o un sectario de místicas delirantes, podría estar en desacuerdo con el señor Marín en este punto? Los socialistas no tenemos, sin embargo, de la libertad un concepto metafísico como los ideólogos de la burguesía liberal, lamentablemente aficionados a suplantar las realidades de la historia por entidades de la razón. Dice, al respecto, el Programa de nuestro Partido: “El hombre, que es el valor por excelencia, aparece hoy día convertido en un mero resorte de la prodigiosa maquinaria industrial, y la producción de riquezas materiales, en vez de servir a las necesidades colectivas, se ha convertido por sí misma en un fin. El socialismo quiere rescatar al hombre de esta servidumbre en que se encuentra”.

Más adelante, insiste nuestro Programa en conceptos tan claros como los siguientes: “El socialismo es, en su esencia, humanismo. A la actual realidad del hombre, mecanizado como simple elemento productor por las exigencias del utilitarismo capitalista, opone el socialismo su concepción del hombre integral, en la plenitud de sus atributos morales y de sus capacidades creadoras. El socialismo recoge para superarlos —y no para destruirlos— todos los valores de la herencia cultural. El socialismo recoge las conquistas políticas de la burguesía para darles la plenitud de su sentido humano. Todo régimen político que implique la regimentación de las conciencias conforme a cánones oficiales, siendo contrario a la dignidad del hombre es también incompatible con el espíritu del

socialismo. El socialismo no acepta, en ninguna forma, la deificación del Estado. El socialismo rechaza la concepción totalitaria del Estado, etc.”. Las citas de la misma índole podrían multiplicarse.

Es decir, no hay oposición entre el liberalismo político y el socialismo democrático. Por el contrario, el socialismo democrático quiere hacer efectivas para todos los hombres, sin distinciones de ninguna especie, las realizaciones de la burguesía liberal en el orden político y, para conseguirlo, considera necesario extender a todos los hombres, sin distinciones de ninguna especie, la seguridad económica. “La democracia política —escribe Pierre Lenoir, un claro expositor del ideario socialista— organiza el poder político a fin de establecer la soberanía popular. La democracia económica persigue el mismo fin en lo que concierne al poder económico. Una y otra se inspiran en el ideal de la autodeterminación del pueblo, y en este sentido no hay diferencias entre ellas, puesto que la soberanía popular es tan inconciliable con la servidumbre como con la miseria. La democracia política significa que todos los ciudadanos tienen los mismos derechos y los mismos deberes hacia la comunidad. La democracia económica significa que cada uno tiene las mismas posibilidades de ejercerlos y que nadie puede utilizar su fortuna en detrimento de la comunidad”.

EL SOCIALISMO NO PRETENDE BUROCRATIZAR LA ECONOMIA

¿De qué manera habrá de hacerse efectiva la seguridad económica —según el socialismo— sin que sufra menoscabo la libertad política? ¿Cómo habrá de realizarse la socialización de los medios de producción y de cambio que el socialismo considera necesaria para llegar a un verdadero ordenamiento económico? Frecuentemente —y en esta equivocación ha incurrido el Honorable señor Marín— se identifica la política socialista con el intervencionismo estatal, mejor dicho, con la burocratización de la economía, y se sostiene que el socialismo supone inevitablemente la absorción del hombre por el Estado, que la libertad política, base del sistema democrático, sólo puede darse acompañada de la libre iniciativa económica, sustentada en la propiedad privada y que, por lo tanto, cualquiera forma de planeamiento técnico y de organización social de las actividades productoras y distribuidoras de bienes y servicios, conduce a la regimentación política y aun espiritual de los ciudadanos.

Ni en la teoría, ni en la práctica, ni como doctrina, ni como política corresponde el auténtico socialismo a esta deformada imagen que de él propalan sus destructores. Ninguno de los grandes pensadores socialistas ha concebido la absorción de la sociedad por el

Estado, sino, a la inversa, la extinción del Estado —por lo menos en su forma coercitiva, policial y burocrática— en una sociedad sin clases económicas. La progresiva identificación de la sociedad con el Estado es un fenómeno notorio en la historia contemporánea. El socialismo quiere contribuir a que se realice con prevalencia de los valores, las relaciones y los organismos de espontánea cooperación que caracterizan a la sociedad sobre los valores, las relaciones y los organismos de poder que son propios del Estado.

El socialismo no pretende, pues, “estatizar” la economía. El señor Marín hizo suyas las palabras de Pestalozzi: “No hay que estatizar al hombre sino humanizar al Estado”. Algo semejante dice el socialismo con relación a la economía: No hay que estatizar la economía sino socializarla, es decir, humanizarla. Es bien sabido que cuando el Estado se hace cargo de determinados servicios se comporta frente a los trabajadores como un empresario cualquiera, y los trabajadores, a su vez, se mantienen frente al Estado en virtual actitud de lucha, como si se tratara de un empresario particular. De ahí que se produzcan los mismos conflictos sociales en las empresas privadas y en las empresas “nacionalizadas”, es decir, estatizadas. Huelgan los ejemplos. La administración directa de empresas, por parte del Estado a través de la burocracia tramitadora y lenta por esencia, es una forma casi siempre dispendiosa y, generalmente, ineficaz de capitalismo público.

El socialismo es otra cosa. No aspira el socialismo a reforzar el poder político del Estado con el manejo del poder económico. No pretende el socialismo que sea el Estado quien planifique, regule y dirija los complejos procesos de la producción y distribución de bienes y servicios. No se propone el socialismo levantar sobre las ruinas de las empresas privadas a una especie de gran empresario que sería el Estado burocrático y policial. Por el contrario, quiere el socialismo que los propios trabajadores y técnicos, a través de sus organizaciones, planifiquen, regulen y dirijan, directa y democráticamente, los procesos económicos en beneficio de ellos mismos, de su seguridad, de la sociedad real y viviente. Para el socialismo es tan imperativa la defensa de los intereses y los valores humanos frente a las tendencias absorbentes del totalitarismo estatal como frente al poder económico del capitalismo monopolista.

¿Quién podría impugnar las observaciones en que abunda el señor Marín respecto de la necesidad de incrementar la producción como base de cualquiera política económica? No constituyen precisamente novedades las opiniones del “distinguido economista chi-

leno”, a cuya autoridad recurrió al comienzo de su disertación. El socialismo está muy lejos de querer la destrucción del capital que —como dice el “distinguido economista chileno”, con sagacidad digna de mayor encomio— es un factor indispensable de la producción que ningún régimen económico puede suprimir; es un producto del trabajo que no se consume, trabajo cristalizado; una riqueza que se ahorra y se guarda para invertirla después y producir otra riqueza. El socialismo aspira, justamente, a desarrollar el capital, en cuanto fuerza productora, para aumentar las disponibilidades de bienes y servicios en términos que hagan eficaces sus principios de seguridad humana y de justicia distributiva. No tiende su política a disminuir la renta nacional “per capita”, a que tanto aludió el señor Marín, sino a aumentarla; *no quiere el socialismo socializar la miseria, sino el bienestar.*

Aquí nos encontramos con el problema de la propiedad privada. Limitándome a recordar que también la propiedad es una “categoría histórica” y, por lo tanto, se presenta en diversas formas según las circunstancias y las épocas, debo insistir en que el socialismo sólo rechaza la propiedad privada de los medios de producción en cuanto representan un poder económico y tienen un alcance social. El fin de la propiedad es la seguridad frente al porvenir, y cuando la forma en que se ejerce deja de servir a tal fin, se impone su modificación. Es lo que está sucediendo en la sociedad capitalista: la propiedad privada de los medios de producción —útil al progreso económico durante largo tiempo— se ha hecho incompatible con las nuevas exigencias de la vida económica.

Para defender la propiedad privada de los instrumentos de producción social, se arguye que únicamente a base de ella pueden funcionar la iniciativa individual y la competencia libre, sin las cuales la vida económica se estancaría. Sin embargo, dentro de la actual fase de desarrollo de la economía capitalista, sólo de manera muy precaria —me refiero, naturalmente a los grandes países industriales— existen la competencia libre y la iniciativa individual: los patrones de antiguo estilo, impulsados por una fuerte voluntad de lucro personal, señores todopoderosos de lo que fué, hasta no hace mucho, una especie de nuevo feudalismo, han cedido su sitio a los expertos, a los “directores” de que habla Burnham, que no tienen la propiedad de las empresas, pero les hacen producir con creciente eficacia técnica. Por otra parte, las organizaciones de dueños de capital y las organizaciones de los asalariados reducen, cada vez más, las posibilidades de la competencia libre.

EL INTERVENCIONISMO ESTATAL EN LA ECONOMIA

Los puntos de contacto, en sus "formas reales", entre los sistemas doctrinalmente opuestos del capitalismo y del socialismo resaltan a un somero análisis de los hechos contemporáneos. "Ni aun en la época de apogeo del capitalismo —escribe Laufenburger, autor citado como autoridad por el Honorable señor Marín— se ha visto realizado el ideal de la libertad y del individualismo. Por otra parte —agrega— *el socialismo no ha sobrepasado la etapa de un principio de ejecución*". Me parece casi superfluo mencionar los hechos que abonan este juicio: dentro de los países capitalistas, la política aduanera, fiscal, monetaria y social, ha puesto límites al ejercicio de la propiedad privada y al empleo de los instrumentos de producción, como asimismo a los resultados de la actividad económica particular; dentro de la Unión Soviética se ha aplicado, en cambio, la técnica capitalista, no sólo en la mecanización industrial y en la organización financiera, sino también en lo que se refiere a la contabilidad y rentabilidad de las empresas, a la determinación de precios y a los regímenes de trabajo y de salario.

Presionado conjuntamente por las organizaciones capitalistas y las uniones sindicales, y por el aumento de su propia complejidad funcional, el Estado moderno ha ido acentuando su intervención reguladora en los procesos económicos. Ha necesitado estar "en forma" para superar sus periódicas crisis internas y para hacer frente a las contingencias de la política exterior. Entre las dos guerras mundiales, fórmulas de intervencionismo estatal, de economía dirigida, de capitalismo y socialismo de Estado, de corporativismo, etc., se tradujeron en modificaciones institucionales y en ensayos políticos de considerable importancia. La crítica del Honorable señor Marín se ha referido precisamente al intervencionismo del Estado porque, entre otras cosas negativas, pone en peligro la capitalización de los países para alcanzar efectos de alcance político en la distribución de la renta nacional.

Los liberales —no creo necesario advertir que los tomo como especie política, sin intención de aludir a nadie en particular, menos al Honorable señor Marín— protestan académicamente de la intervención del Estado en la economía, pero se apresuran a sollicitarla cuando se trata de la defensa de sus capitales y de sus beneficios. ¿Algún empresario liberal, en ufano alarde de ortodoxia ha rehusado los subsidios del Estado, por medio de bonificaciones, cambios preferenciales y precios remunerativos? ¿Hay alguno que por "respeto a la doctrina", convencido de que "el

mejor Estado es el más barato y el que actúa menos", se haya negado a participar en organismos económicos de los cuales el Estado es socio? El Estado es para los liberales —y en esto podríamos estar de acuerdo, en términos generales, con respecto a la burocracia— mal industrial y mal comerciante, pero deja de serlo cuando une sus recursos a los recursos de los particulares, abriendo a éstos mejores perspectivas de ganancias.

Los socialistas, en cambio, buscamos la intervención del Estado, dentro del régimen económico-social imperante, cuando se trata de la defensa de los trabajadores y del trabajo, aunque en principio no queremos tampoco que la economía nacional se convierta en esfera de la acción del poder político. Comprendemos, sin embargo, que este principio no puede razonablemente aplicarse en los países que necesitan acrecentar con rapidez sus fuerzas económicas, "quemando" etapas, ni en situaciones de crisis que exigen un empleo coordinado y total de los recursos nacionales, públicos y privados. La historia contemporánea ofrece impresionantes ejemplos de aceleradas transformaciones económicas mediante la intervención del Estado: de tipo socialista, como en la Unión Soviética y de tipo capitalista, como en el Japón y Turquía. Para los países latinoamericanos, de incipiente capacidad industrial y en estado de crisis, la exigencia de una política económica técnicamente planificada se torna perentoria.

La intervención del Estado en la economía, en cualquiera de sus formas —total o parcial, directa o indirecta, de sentido capitalista o de intención socialista— es sólo un medio cuyo valor dependerá de las circunstancias en que se emplea. No es contraproducente o provechosa en sí misma. Por lo demás, son siempre las necesidades económicas, sociales y políticas las que deciden en esta materia. He querido dejar en claro que los socialistas no somos "doctrinarios" del intervencionismo estatal, que no propiciamos el absurdo económico de reemplazar a los productores por funcionarios y a los técnicos por políticos. Los socialistas queremos —repito— una economía para el hombre, no para el Estado.

EFEECTO DEL INTERVENCIONISMO EN NUESTRO PAIS

¿Ha sido útil o perjudicial en nuestro país la intervención del Estado en la economía? ¿Está nuestro país en condiciones de alcanzar, mediante las iniciativas privadas, un equilibrio dinámico de sus recursos económicos que asegure el mejoramiento de los niveles de vida de su población, a la vez que le permita

liberar paulatinamente sus materias primas del "control" imperialista? Nuestra capitalización es, sin duda, baja, pero ¿se debe ello a la intervención del Estado en la vida económica, al peso de un sistema tributario que reduce las posibilidades de ahorro del sector privado, al entorpecimiento de las actividades creadoras de riqueza por engorrosos "controles" burocráticos, a una prematura extensión de los servicios de seguridad social? ¿No será ello, más bien, el efecto de la anarquía reinante en el sector privado, del predominio en él de un afán de lucro fácil, de la ausencia de mentalidades verdaderamente "capitalistas" emprendedoras, audaces, la falta de previsión, las inversiones desmedidas en consumos suntuarios, factores negativos a los que se añade la acción del Estado cuando es incoherente en sus medios y vaga en sus fines y se ejerce a través de mecanismos burocráticos desconectados de la realidad económica?

De larga discusión sería el problema que señalo. En todo caso, digan lo que digan los "porcentajes" y guarismos basados en el análisis de la renta nacional, a que tan aficionados se muestran hoy día los economistas y a los que recurren los políticos para dar a sus discursos un aire de rigor científico, nuestro país —a pesar de los errores cometidos por sus dirigentes, de las intervenciones estatales inconsultas, de las iniciativas anárquicas, tanto en el sector público como en el sector privado, del lento ritmo de aumento de la capitalización, de la debilidad orgánica del capitalismo criollo, etc.— ha progresado económicamente durante los últimos decenios y la vida colectiva, tomada en su conjunto, ha mejorado de un modo considerable: las bases para una planificada industrialización está echadas, existen mejores servicios de salud pública y de seguridad social, la democratización de nuestras instituciones es notoria; la justicia en las relaciones del trabajo ha hecho avances de significativo valor, la educación pública muestra una ampliación constante.

Estos son hechos más fuertes que las interpretaciones de las estadísticas. Los gobiernos de Izquierda —aunque sólo lo han sido en forma muy condicionada por los intereses creados y los prejuicios tradicionales— han acrecentado nuestro patrimonio material de bienes y servicios, y nuestro patrimonio institucional, de realizaciones tendientes a la dignificación del hombre y del trabajo. De ahí que la labor de todas las últimas administraciones aparezca, cuando se juzga con criterio objetivo, íntimamente solidaria. Por razones circunstanciales de polémica, suele desconocerse la continuidad de los regímenes que se suceden en un proceso democrático. Como la política se hace para mejorar el presente y preparar el porvenir, un gobierno se justifica por su obra, y en ningún caso

por los desaciertos de sus predecesores; pero tampoco es justo criticar la acción de un gobierno sin tomar en cuenta las condiciones en que ha debido emprenderla.

LA CRISIS NACIONAL Y EL NUEVO REGIMEN

No podría desconocerse que ha habido, en nuestro país, durante los últimos decenios, un progreso general: desordenado, con despilfarro de recursos por falta de una política de conjunto, bien orientada dentro de una perspectiva amplia, más superficial que de fondo en ocasiones, de notorios desequilibrios, pero innegable y rápido en aspectos fundamentales de la realidad nacional. Mediante nuestra escasa capitalización no habría sido posible obtener grandes cosas en un proceso natural de crecimiento. Ha sido necesario insuflar energías artificiales a nuestro organismo económico débil y dependiente, además, de un modo sustantivo, del mercado internacional y del "control" imperialista. Sometido a una tensión extraordinaria, tenía que resentirse y entrar en un período de crisis. La aceleración del proceso inflacionista fué colocando al País en una situación de apremio, en una dramática encrucijada de su destino.

Conjuntamente con la desarticulación de la economía, la agitación contradictoria de los gremios, la infecunda pugna de los partidos y el descenso de la moral pública y privada, aparecían como los síntomas resaltantes de esta profunda perturbación de la sociedad chilena. Era necesario algo más que un ordinario cambio político: un reajuste general y orgánico, sobre la base de nuevos ideales, nuevas instituciones, nuevos dirigentes. Es decir, una gran política de sentido trascendente, creadora, ajenas a consideraciones transitorias de pueriles ventajas electorales y administrativas, y a la presión de los grupos de intereses nacionales y extranjeros, contrarios a la conveniencia pública. El poderoso movimiento de opinión que triunfó en las urnas hace un año, el 4 de septiembre, expresó esta necesidad colectiva —oscura, pero ineludible—, esta esperanza nacional —difusa, pero apremiante—.

La fuerza que llevó a la Presidencia de la República al General Ibáñez emanaba de un estado de espíritu de las masas: no era una fuerza propiamente política, capaz de ofrecer soluciones convergentes a los múltiples problemas chilenos. Ahora bien, sobre la base de un "estado de espíritu" no se puede hacer política, por lo menos política democrática, que requiere el encauzamiento de la opinión pública en sus órganos regulares de expresión y de acción: los partidos políticos. Los movimientos independientes improvisa-

dos en la campaña electoral como reacciones ocasionales contra los "vicios de la politiquería", sólo pueden tener un destino efímero vinculado a intereses personalistas, si no logran convertirse, a su vez, en nuevos partidos políticos. Tarea básica del régimen que se instauraba, hubo de ser la transformación de un estado de espíritu —el ibañismo— en un instrumento de política. Todos los esfuerzos hechos en este sentido han terminado en el fracaso.

La heterogeneidad del movimiento que lo generó tenía que reflejarse en la composición del Gobierno. Así, la acción de Su Excelencia el Presidente de la República se vió entorpecida, desde un comienzo, por una densa maraña de ambiciones y de intrigas. Hasta grupos minúsculos, sin importancia política alguna, han pugnado por colocar a sus dirigentes dentro del Gobierno y, naturalmente, dentro de la Administración, exhibiendo los mismos vicios y los mismos apetitos execrados en los viejos partidos por la opinión pública. Durante varios meses, el trabajo de los Ministerios fué inconexo y la política gubernativa dió la impresión de un permanente tanteo. Por último, ya en las postrimerías de la vigencia de las Facultades Extraordinarias —que habían permanecido, hasta entonces, prácticamente inactivas— se organizó un Gabinete más homogéneo y más dinámico en el cual responsabilidades fundamentales recayeron en hombres de nuestro Partido.

Los socialistas —cuya presencia en el Gobierno llenaba de patriótica alarma al señor Marín— no fueron, por supuesto, a hacer socialismo, como él parecía temer. Precisamente, porque eran Ministros socialistas, procedieron con valeroso realismo. Para que una transformación socialista de la economía sea posible, se requiere cierto grado de desarrollo de las fuerzas productoras y cierto nivel de cultura social. Por eso, los socialistas somos partidarios de una política de estímulo a las empresas genuinamente productoras. Naturalmente, no podrá pretenderse que, a esta altura de nuestra evolución democrática, el capitalismo nacional opere con prescindencia de las conquistas de los trabajadores y al margen de las regulaciones impuestas por el interés público. Analizadas con criterio objetivo, las medidas económico-financieras propiciadas por nuestros Ministros correspondieron a una concepción técnicamente correcta y, aun más, obedecieron a necesidades inaplazables. Personeros del fondo Monetario Internacional, nada sospechosos de inclinaciones socialistas, así lo han estimado.

Nuestro Partido ha dejado sus responsabilidades de Gobierno. No lo ha hecho por circunstancial alarde, sino por rectitud política. Nuestro Partido fué al Gobierno para que se hiciera efectivo lo que el País reclamaba: *un nuevo estilo de la acción pública, caracte-*

terizado por la claridad de los objetivos que se persiguen, el honesto cumplimiento de los propósitos que se enuncian y la consecuencia de las actuaciones que se emprende. Nuestro Partido fué al Gobierno con la voluntad de contribuir a que se pusiera en obra el Programa ofrecido a la ciudadanía antes del 4 de septiembre del año pasado. Programa realista y serio que puede concitar en su favor no sólo el apoyo de los victoriosos, sino también de gran parte de los derrotados en aquella jornada cívica. Nuestro Partido luchó constantemente por su realización dentro del Gobierno, afrontando las incomprendiones; ahora, seguirá luchando fuera del Gobierno con la misma perseverancia.

HAY QUE CONSOLIDAR NUESTRA DEMOCRACIA

Hay que consolidar nuestra democracia y reconstruir nuestra economía. Sobre todo, hay que restablecer nuestra moral. Está a la vista un serio relajamiento del espíritu público, de los sentimientos de disciplina y responsabilidad, de la voluntad de trabajo, de cooperación y de servicio, de respeto a valores esenciales de la convivencia y, como contrapartida lamentable, dentro de todas las categorías sociales, un desenfreno de los apetitos egoístas, de los afanes de lucro fácil, de los impulsos de mezquino utilitarismo, de las tendencias más pugnaces y más contradictorias. Individuos, gremios y partidos parecen atender sólo a sus propios intereses y, todavía, a sus intereses inmediatos, que suelen no ser, bien mirados, sus verdaderos intereses. Perdida la fe en sí mismo, carente de ideales superiores de vida, el chileno medio de hoy mira hacia el Estado, hacia el Gobierno, como a una especie de Providencia de la que todo cabe esperar.

Es urgente iniciar un proceso de severa y sincera clarificación de la política. La línea divisoria entre la Oposición y el Gobierno no pasa por los puntos en que realmente divergen los intereses económicos y las tendencias políticas. El Gobierno carece, por eso, de una sólida base y la Oposición de una consistencia eficaz. ¿Qué significan para el destino nacional las querellas internas de las directivas partidistas, las ambiciones de figuración de personajes ocasionales y sus ajetreos publicitarios en torno a situaciones de Gobierno? ¿Tiene sentido una Oposición que se haga para "capitalizar el descontento" con vista a comicios electorales todavía lejanos, como si la política fuera simplemente el arte de ganar elecciones? ¿Revisten alguna importancia para la salvación de la crisis en que el País se debate, los acuerdos y votos, hinchados casi siempre de fatigante retórica, de asambleas y convenciones, las maniobras de candidatos pre-

maturos y de sus equipos? ¿Será normal que se contradiga desde el Gobierno lo que se ha sostenido desde la Oposición?

¿Es eso la política? ¿Simple juego de mentiras convencionales en la lucha por el poder? Si así fuera, si se tratara del poder por el poder, si no hubiera nada trascendente al poder mismo, la democracia caracteraría de sentido. Pero la política en una democracia es otra cosa, debe ser otra cosa: actividad de creación de las formas en que ha de dignificarse cada vez más la vida del hombre, función de servicio de las necesidades y las aspiraciones del pueblo. Para hacerla, hay que tener una cabal comprensión de las realidades y las posibilidades del País, y también claros principios y normas para orientar la acción. Hay que atenerse, en política, fundamentalmente a los hechos, pero situándolos en una perspectiva. El realismo sin principios se agota, por lo común, en una política de arbitrios superficiales, oportunistas; el doctrinarismo sin respeto por la realidad conduce, por su parte, inevitablemente al fracaso.

Ni lo uno ni lo otro. Chile está reclamando de sus dirigentes una política de firmes contornos, una acción creadora y de servicio que movilice las energías públicas y privadas para la realización de objetivos concretos, tanto en el orden nacional como en el orden internacional. Nada de fondo se conseguirá con simples cambios en los equipos ministeriales. Este gobierno, ni gobierno alguno, podría resolver *por su solo esfuerzo*, los problemas que se plantean al País. Necesita el respaldo activo de una opinión consciente, por medio de las organizaciones políticas. Quiénes deciden en la política de una democracia son los partidos. Pensar de otra manera sería desconocer las experiencias de la historia y entregarse a las ilusiones del mesianismo. ¿Qué régimen podría asentarse en la presunta existencia de una especie de vínculo místico entre la persona del Jefe del Estado y la informe voluntad de masas libradas a sí mismas? Sólo un régimen anormal que conduciría indefectiblemente a la dictadura, primero, y a la anarquía, después, para llegar, mediante penosas experiencias y transitorias reacciones, a la reconstrucción del orden jurídico.

¿Existe algún obstáculo insalvable para que los partidos de avanzada social, afines en sus concepciones económicas, coincidentes en sus principios libertarios, similares en sus métodos políticos, representativos, en su conjunto, de la inmensa mayoría nacional, encuentren las bases positivas de una acción solidaria en el Parlamento y en el Gobierno? ¿Qué les impide revisar juntos, con intención constructiva, perfeccionándolo, en cuanto sea práctico, el Programa de septiembre, para impulsar en seguida su realización

desde el Gobierno y el Parlamento, en un ambiente de amplia unidad democrática? Y si se alcanza esta integración política de los partidos de avanzada social, ¿no sería posible conseguir que representantes directos y responsables de las organizaciones de asalariados y de empresarios de espíritu moderno, progresista, elaboraran conjuntamente con los técnicos del Estado un vasto plan económico de recuperación y de fomento al cual den en seguida su poderoso respaldo, en el que se perfeccionaran y coordinarían también las medidas adoptadas hasta ahora para atenuar la crisis?

Ningún partido democrático, ningún gremio consciente, ningún político responsable puede desconocer la gravedad de la actual situación. El proceso inflacionista continúa, sin que se vislumbren claras posibilidades de que su ritmo disminuya en los meses venideros; el alza del costo de la vida, impulsada mucho más allá de los niveles previstos, debido a las maniobras de los especuladores, exaspera a la masa consumidora; las presiones imperialistas sobre la política económica de nuestro gobierno son francamente vejatorias de la dignidad nacional; las contradicciones de las autoridades respecto a las leyes represivas y al ejercicio de los derechos sindicales inquieta a obreros y empleados; la depresión del ánimo colectivo —después de su breve euforia de excesiva esperanza— se torna angustiada. Mientras tanto, los partidos, los de gobierno y los de oposición, repiten el juego de la política de siempre: juego de niños al borde de oscuros peligros.

Aunque otra cosa piensen Maquiavelos de ocasión, *no se puede hacer hoy día una política grande con prescindencia del pueblo, ni menos aún ocultando al pueblo la verdad. Su Excelencia el Presidente de la República ha dicho reiteradamente que no se apartará del pueblo. Así lo esperamos, haciendo fe de su palabra de patriota.* Pero el pueblo no es la masa indistinta y tornadiza que se agita en las manifestaciones oficiales, en las grandes paradas. Es la fuerza organizada en partidos y en gremios. Sólo apoyándose en ella se puede hacer gobierno con capacidad de crear, con sentido de porvenir. Hora es de superar las discrepancias superficiales para buscar afinidades solidarias, de suspender recriminaciones estériles para unir esfuerzos constructivos. Si los partidos de avanzada social comprenden su deber, si están realmente a la altura de su misión, si son algo más que empresas electorales, si tienen verdadera conciencia democrática, pronto habrán de estar juntos para bien de Chile y de su pueblo.

He dicho.

CLUB DE LECTORES DEL PACIFICO

Hágase socio de este Club, organizado por la Editorial Del Pacífico S. A., lo que le permitirá adquirir en forma rápida y en condiciones muy favorables los libros que publica esa empresa.

Los socios del CLUB DE LECTORES DEL PACIFICO disfrutan, entre otras, de las siguientes ventajas:

Adquieren los libros a un precio especial, inferior al de venta al público.

Reciben los libros en el lugar que indiquen, sin recargo alguno por su envío.

Adquieren los libros de mayor categoría y calidad que se publican en Chile, sobre las materias más diversas.

Pida informes y antecedentes al

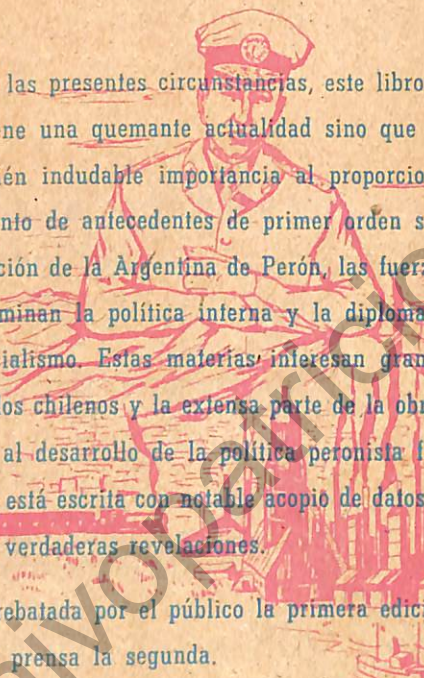
CLUB DE LECTORES DEL PACIFICO

Ahumada 57 – Casilla 3126 – Fono 89166

S a n t i a g o .

NUESTROS VECINOS JUSTICIALISTAS

por ALEJANDRO MAGNET



En las presentes circunstancias, este libro no sólo tiene una quemante actualidad sino que reviste también indudable importancia al proporcionar un conjunto de antecedentes de primer orden sobre la situación de la Argentina de Perón, las fuerzas que determinan la política interna y la diplomacia del justicialismo. Estas materias interesan grandemente a los chilenos y la extensa parte de la obra dedicada al desarrollo de la política peronista frente a Chile está escrita con notable acopio de datos y contiene verdaderas revelaciones.

Arrebatada por el público la primera edición, está en prensa la segunda.

\$ 260.—

EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.

Ahumada 57 — Teléf. 89166 — Casilla 3128 — Santiago..

Despachos contra reembolso desde un libro.

EJEMPLAR: \$ 20.—

PRINTED IN CHILE

15 DE NOVIEMBRE DE 1953

Talleres Editorial Del Pacífico S. A.